

SERVICIO SECRETO

BRUGUERA

BOLSILIBROS



POLICIACO

**CON COBERTURA
DIPLOMATICA**



**Frank
Caudett**

Frío, sí. Hacía mucho frío.

Eran las 9.40 de la mañana. La gente ya hacía varios minutos que acababa de abandonar el coche cama y lo mismo había hecho el personal de servicio.

Aquel vagón, ahora, estaba tremendamente solitario, como perdido, en la vía uno de la terminal helvética.

Pero igual que si dentro de él se hallase un oculto y valiosísimo tesoro, la pareja de tipos que andaban por los andenes lo mismo que si se hubieran perdido por la estación seguían fijos, pendientes, casi absortos, en el coche cama y sus alrededores.

¿Qué esperaban?



Frank Caudett

Con cobertura diplomática

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1743

ePub r1.0

Lds 07.03.19

Título original: *Con cobertura diplomática*

Frank Caudett, 1984

Cubierta: Sampere

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



Sólo sé... que no sé nada.

SÉNECA

PRIMERA PARTE

GRUPO «DIASPORA»

CAPÍTULO PRIMERO

Los dos individuos que daban la sensación de sentirse como extraviados en la terminal férrea de Génève (Ginebra) estaban, en verdad, muy preocupados y pendientes de un vagón de ferrocarril.

VAGONE-LETTI

MOSKWA-WARSAWA-BERLIN FRANKFURT

HEIDELBERG-GENEVE

Así rezaba la placa superpuesta al costado del único coche cama que se encontraba en la vía primera, solitario, estacionado en la *Hauptbahnhof* de Ginebra, y que había salido del corazón del imperio comunista el pasado miércoles día 30 de noviembre, enganchado a su correspondiente tren para arribar hasta el centro de la Europa occidental aquel día, aquel viernes frío, glacial, que el calendario señalaba con el guarismo 2 del mes de diciembre.

Frío, sí. Hacía mucho frío.

Eran las 9.40 de la mañana. La gente ya hacía varios minutos que acababa de abandonar el coche cama y lo mismo había hecho el personal de servicio.

Aquel vagón, ahora, estaba tremendamente solitario, como perdido, en la vía uno de la terminal helvética.

Pero igual que si dentro de él se hallase un oculto y valiosísimo tesoro, la pareja de tipos que andaban por los andenes lo mismo que si se hubieran perdido por la estación seguían fijos, pendientes, casi absortos, en el coche cama y sus alrededores.

¿Qué esperaban?

¿Esperaban, en realidad, *algo*?

—Nada aún —murmuró uno de ellos en alemán.

El que fumaba sin parar encendiendo un pito con la colilla de otro.

—Tranquilo, Andreas —contestó su compañero, más alto y delgado. Agregando—: Esperar forma parte de nuestro oficio.

—Pero es tenso...

—Ciertamente lo es, Andreas.

Mientras la pareja de extraños individuos mantenía aquella concisa y átona conversación, fría e impersonal como la ventisca de nieve que azotaba la mayor parte de países del centro y norte de Europa, en el interior del restaurante de la estación de Ginebra, una joven con aspecto de inglesa consumía en pacientes sorbos una taza de café.

Aunque por su aspecto, decíamos, se la podía tomar por inglesa, Liv Palmer, realmente, era sueca. Del país que cada año concedía los entorchados del Nobel.

Los ojos de la muchacha no se apartaban prácticamente del reloj lo mismo que si estuviera vinculada su próxima acción al movimiento de las agujas en el interior de la esfera numerada. Ya había abonado la cuenta y estaba dispuesta a salir del establecimiento en cualquier instante. En Liv Palmer, la verdad sea dicha, todo resultaba poco atractivo. Estaba claro que no era la clase de mujer que inspiraba sentimientos eróticos e insanas pasiones a las primeras de cambio. Llevaba un raído impermeable de corte militar que le otorgaba apariencia hombruna, y un sombrero grandote, exento de la normal coquetería femenina, que ocultaba buena parte de su cabellera oscura y deslucida. Unas enormes gafas de concha que daban la sensación de estar ridiculizadas a través de los espejos cómicos y deformantes de un parque de atracciones, escondían gran parte de su rostro. Sus zapatos estaban deteriorados y las punteras desgastadas como si se hubiese pasado media vida caminando con ellos. Y la maleta, de un color marrón oscuro, se veía llena de raspaduras.

Ella, Liv Palmer, prosiguió sorbiendo la infusión negra y humeante hasta que su reloj llegó a señalar las 10 de la mañana. Se puso en marcha al formar el segundero la línea vertical. Tirando de la maleta como si le costara un gran esfuerzo salió del restaurante

con caminar cansino, arrastrando los pies, y circuló por las cercanías de aquel par de individuos con abrigos y sombreros oscuros que continuaban, aunque con disimulo, extraordinariamente pendientes del solitario vagón cama estacionado en la vía primera.

El más joven y corpulento le echó una ojeada de desdén a la chica de andar lento y maleta desvencijada, para apartar de inmediato la vista. Liv seguía avanzando con paso lento y los hombros encorvados por efecto del peso de la maleta, al tiempo que escrutaba atentamente a su alrededor.

Andreas, que continuaba fumando sin parar, hizo un ademán hacia la muchacha.

—Qué cosa más híbrida de mujer, ¿eh? —comentó despectivo.

—Ocúpate de lo que debes y déjate de tonterías —largó Hjalmar von Neurath como en un soplo.

Ése era al menos el nombre que figuraba en el pasaporte que llevaba en su bolsillo, pasaporte meticulosamente *elaborado* en la sección de falsificaciones que ocupaba el sótano de los cuarteles generales de la KGB en la plaza Dzerzhinsky, en Moscú.

Von Neurath comenzaba a inquietarse. La terminal férrea se iba convirtiendo en una especie de zona amotinada con gentes de todas clases, nacionalidades y cataduras, que se aprestaban a distribuirse con torpe apelonamiento por los andenes dispuestas a abordar los respectivos ferrocarriles. La mayor parte de aquel incesante tropel de pasajeros se perderían en el interior de los vagones del Interexpres Transalpino GinebraViena. Los dos fulanos avanzaron unos metros por entre las gentes con el fin de mantener bajo control el coche cama objeto de su preocupación.

Entretanto, Liv Palmer se inmovilizaba en medio de la arremolinada muchedumbre, igual que si aquel enjambre humano y zumbante, lo mismo que si de furiosas abejas se tratara, la estuviera mareando.

En aquel mismo instante un tío de mediana estatura, regordete, que lucía chaqueta blanca de camarero, partiendo desde la dirección en que se encontraba la salida de la terminal y camuflado entre la multitud, se encaminó vertiginoso hacia la portezuela posterior del coche cama solitario en la vía primera, que arribara hasta allí procedente de la capital de todas las Rusias. Avanzó, con

paso y ademanes resueltos, igual que si tuviera perfecto derecho a encontrarse allí, desapareciendo en el interior del vehículo. Von Neurath, el más alto de ambos sujetos, estiró la testa por encima del parlanchín enjambre y vio lo que acababa de suceder.

—Alguien ha subido al vagón —susurró—. Vestido de camarero. —Y tuvo que sujetar por el brazo a su compinche que había comenzado a moverse, murmurando—: Tranquilo, Andreas, tranquilo. Esperemos que baje... Tendremos que hacer *algo* con él.

—Desde luego, Hjalmar. *Algo*... limpio y rápido.

Una sonrisa cruel curvó los labios del que teóricamente era alemán al escuchar el comentario de su compañero. Después y con cierta parsimonia, Von Neurath se quitó el abrigo oscuro, colgándoselo del brazo mientras se disponía a esperar.

Dentro del coche cama el fulano de la chaqueta blanca actuó con premura, dirigiéndose directamente al tercer compartimento. Una vez en el interior, cerró la puerta, abrió el lavabo empotrado en un rincón y metió el brazo derecho dentro del conducto de desagüe de la jofaina. El cassette se hallaba fijado a uno de los lados con cinta adhesiva impermeable y el hombre maldecía para sus adentros mientras se afanaba por desprenderlo.

—¡Coño! —estalló al fin, sin poderse contener—. Parece que esta vez lo han fijado con cemento.

Y seguía accionando con nerviosismo porque era consciente de que en cualquier momento podía hacer acto de presencia por allí un guardia ferroviario helvético, quien, sin lugar a dudas, se interesaría por saber qué estaba haciendo él en el vagón. ¿Y qué contestaría? ¿Que trataba de hacerse con una cassette que por aquel conducto remetía mensualmente un miembro del Politburó soviético, traidor al régimen de Moscú? ¡Ja, ja!

—¡Mierda! —Casi aulló, furioso. Peligrosamente excitado—. ¿Quieres salir de una puta vez?

Le hablaba al cassette. Como si pudiera entenderle, razonar, y hacerse más asequible a sus intentos por desprenderlo del lugar donde lo habían fijado.

Aferró de nuevo, tirando esta vez con mayor saña. Violentemente. Consiguiendo, al fin, adueñarse de la cinta.

—¡Menos mal! Ya los tenía por corbata...

Arrancó los vestigios de cinta adhesiva pegados al cassette para

introducírlos en el bolsillo. Bajó del vagón enfilando hacia la salida.

En la terminal férrea, una verdadera riada de pasajeros invadía el vestíbulo. Hjalmar von Neurath y Andreas Iodos avivaron la marcha en aquel mismo instante abriéndose paso a codazos y empujones entre el personal. El camarero pasó como una exhalación junto a la desgarbada Liv Palmer, tropezando materialmente con ella, para proseguir meteórico hacia el vomitorio de la estación con los dos fulanos pegados a sus talones. En aquel preciso momento y como obedeciendo al toque de una varita mágica, la muchedumbre mermó súbitamente, dejando en evidencia, solo, como al descubierto, a un hombre de estatura considerable y lacios bigotes caídos a ambos lados de las comisuras de la boca, que se encontraba apoyado contra una pared, absorto, al parecer, en la lectura de un periódico.

Von Neurath le metió el cañón de la *Parabellum* 9 mm.

que ocultaba bajo su abrigo doblado, en las costillas, al camarero.

Advirtiéndole:

—Siga corriendo y lo mando a criar malvas. Ahora, venga para acá... Sin tonterías, ¿eh?

Condujeron al camarero hasta un punto desguarnecido del vestíbulo, a la izquierda de la salida.

—Póngase esta chaqueta, aprendiz de espía —le ordenó Von Neurath a la vez que ocultaba la *Parabellum* dentro del bolsillo de su americana. En tanto que el camarero, lívido y aturullado, obedecía, Neurath no dejaba de fiscalizar al hombre de bigotes caídos y gafas negras también, que, en apariencia, seguía cautivado por los textos de su periódico. Se centró el supuesto alemán de nuevo en su prisionero, especificándole—: Al salir, métase en el Volkswagen que está aparcado junto al bordillo. Ocupe el asiento trasero.

Salieron a la nieve. Luego de que pasara la oleada de pasajeros la calle quedó prácticamente desierta, exceptuando una furgoneta de limpieza y conservación de cabinas telefónicas, sin distintivo comercial visible, que se encontraba estacionada pocos metros por delante del Volkswagen.

En el asiento posterior del vehículo Andreas registró al camarero con la habilidad, rapidez y experiencia, de un profesional que era. Neurath, entretanto, había pasado al volante del auto alquilado y se

volvía hacia su correligionario y el eventual apresado.

—Maldita sea, esto es todo lo que le he encontrado encima —se lamentaba Andreas Iodos, mostrándole a su compañero un puñado de cinta adhesiva impermeable, retorcida y deshecha.

—Revisalo de nuevo... deprisa. Vamos a perder el tren de lo contrario.

Protegido por el asiento trasero, Von Neurath enrolló el cañón de la *Parabellum* con una bufanda. Ello ayudaría a amortiguar el ruido del balazo que liquidaría al camarero. La manta de viaje que había atrás, extendida sobre el cuerpo, demoraría su descubrimiento y, además, como el vehículo había sido alquilado en Darmstadt, República Federal Alemana, la policía tendría que iniciar sus investigaciones partiendo de aquella localidad. Cuando se pusieran tras su pista, Von Neurath y el otro habrían llegado ya a Viena a bordo del Interexpres.

—¡Date prisa, joder!

—¡No lleva nada, Hjalmar! Nada —siguió quejándose Andreas—. Sólo esta mierda de cinta... Lo otro, lo que fuera, ha debido pasarlo en la estación.

—¡Delante de nuestras narices! Menuda pareja de imbéciles estamos hechos tú y yo. Es una pena que no tengamos tiempo de... *interrogar* —le dio una siniestra y estremecedora entonación al vocablo «interrogar»— a fondo a este hijo de puta. Es tarde... —Dio la vuelta hacia atrás con la automática escondida dentro de la bufanda—. ¡Adiós, aprendiz de espía!

En el *hall* de la estación ferroviaria, James Sullivan, el estadounidense de bigotes lacios y caídos vestido con corte más bien británico atravesaba con parsimonia la salida y golpeaba ociosamente el doblado periódico contra la pernera de su pantalón, señal que captó por el espejo retrovisor el chófer de la furgoneta de mantenimiento de cabinas telefónicas, que tras darle lacónicas y rápidas instrucciones a su acompañante, se apeó, caminando hacia atrás llevando una amplia gamuza enrollada en su mano diestra.

Asomándose por la ventanilla delantera del Volkswagen justo en el momento que Von Neurath pronunciaba:

—... ¡Adiós, aprendiz de espía!

—Déle al gatillo y le vuelo la tapa de los sesos, compadre —dijo el conductor de la furgoneta inmovilizando el dedo índice diestro

del supuesto alemán.

Neurath lanzó un vistazo a la gamuza y vio dentro de ella el sombrío cañón de un arma.

—Tire bufanda y pistola, enemigo —siguió, resuelto, el que actuaba tras recibir la señal del norteamericano de bigote con guías caídas. Añadiendo—: Salga del coche y suba a la parte trasera de esa furgoneta que hay delante. ¡Presto!

Apareció el segundo sujeto que antes de que Andreas tuviera tiempo de reaccionar lo sacó del Volkswagen violentamente, tirando del cuello y pegándole una vez fuera un doloroso patadón en la boca del estómago.

—¡Tú también, cerdo! ¡A la furgoneta! ¡Y corre! ¡Porque la próxima patada te la pego en mitad de los huevos!

Desde el interior del *hall* de la estación, James Sullivan divisó cómo los cuatro hombres se introducían en la parte posterior de la camioneta, cómo las portezuelas se cerraban mientras el liberado camarero se colocaba al volante y encendía el motor. Sólo una vez que el vehículo se hubo puesto en marcha corrió hacia el interior de la estación para después controlar su carrera caminando con paso vivo al percatarse de que el reloj de la terminal señalaba exactamente las 10.13: a tres minutos de que el Interexpres Transalpino saliera de allí con dirección a Viena, con primera parada prevista en Zurich.

Anteriormente, cuando Sullivan atravesaba la salida golpeándose la pierna izquierda con el periódico doblado a modo de señal dirigida al chófer de la furgoneta que actuaba de cobertura sobre uno de los grupos de espionaje que estaban jugando su partida allí, aquella fría mañana de diciembre, Liv Palmer se perdía dentro del vagón 18 de primera clase del Interexpres, cuya hora de salida estaba fijada para las 10.16 de la mañana. El pasillo se encontraba desierto en el momento que la joven se deslizó dentro de un lavabo y cerró la puerta asegurándose de correr el pestillo interior. Una vez allí procedió velozmente a despojarse del raído impermeable, los zapatos gastados, las enormes gafas de concha y el anticuado sombrero. Un momento después se había librado de la peluca morena dejando al aire una mata rubia, brillante, que peinó con destreza.

Apoyando la maleta sobre la tapa del lavabo corrió la cremallera

del forro bajo el cual apareció un costoso maletín de piel de cerdo. Lo abrió, extrayendo un par de zapatos de alto tacón, exquisitos, de auténtico cocodrilo y un bolso que jugaba perfectamente con el calzado, así como un precioso gabán de ante, con todo lo cual dio un vuelco contradictorio a lo que hasta entonces había sido su aspecto exterior. Irreconocible ahora. Imposible asociarla con la muchacha que había estado tomando café en el restaurante de la terminal y que posteriormente caminara con aire cansino por los andenes.

Después de ocultar el forro separable de la maleta junto con la peluca, el sombrero, los zapatos y el impermeable, bajo varias prendas íntimas femeninas, revistas y otras cosas, se maquilló, jovial y sonriente, mirándose aprobadora en el espejo.

—Ahora —sonrió— parezco una mujer.

No sólo el cambio de vestimenta había alterado todo su aspecto; mientras se desplazaba a lo largo del pasillo en dirección a su asiento reservado parecía más alta y delgada, puesto que ya no andaba alicaídamente, sino que lo nacía con extraordinario garbo. Así de cadenciosa llegó al apartamento vacío entrando en él. Sentándose, cruzó sus piernas esbeltas y elegantes y controló la hora: 10.14. El expreso debía de partir en dos minutos hacia Zurich en su largo viaje hasta Viena. Liv abrió entonces el bolso —en cuyo interior y tras un compartimento con cremallera se hallaba escondido el cassette que rápida y subrepticamente le pasara el camarero—, extrajo una larga boquilla de hueso, insertó en ella un pitillo, prendiéndolo seguidamente para aspirar el humo con delectante fruición.

«¡Dios mío! —exclamó para sus adentros—. Otra vez ese cosquilleo en mi estómago. ¿Es que no conseguiré nunca dominar mi sistema emocional en situaciones como ésta?». Entonces le vino a la memoria lo que Stavros Dawson le dijera en una ocasión:

«Cuando consigas dominar tus emociones, tendrás que abandonar este trabajo, pequeña. Necesitas estar tensa para mantener los reflejos afilados como una navaja...» Stavros...

Liv estaba loca, perdidamente enamorada de Stavros. Pero él, al parecer, era de los que opinaban que no era procedente mezclar las diversiones, el romanticismo y la sexualidad con las compañeras de profesión.

Pese a todo, aquel recuerdo le trajo aparejado un cierto alivio mientras hacía lo imposible por relajarse. Se reclinó en el asiento notando cómo el hasta entonces acelerado ritmo de su pulso se iba normalizando.

Stavros...

Pronto volverían a encontrarse. El estaba aguardando, como siempre, imperturbable, en Zurich.

Y se sintió todavía más tranquila, sosegada cuando percibió la en apariencia indolente figura de James Sullivan avanzar por la plataforma y pasar junto a su ventanilla dedicándole una fugaz ojeada para subir después al vagón delantero.

«Habrá surgido alguna complicación —pensó Liv—. Ha tardado bastante esta vez. Me pregunto por qué».

La complicación, el porqué, sería hallado al día siguiente en forma de dos cadáveres. —Hjalmar von Neurath y Andreas Iodos— en el interior de una furgoneta, atascada entre dos imponentes piedras en las Cascadas del Rhin, debajo de Scaffhausen.

El Interexpres Transalpino con destino Viena comenzó a moverse, deslizándose fuera de la enorme bóveda que cubría la *Hauptbahnhof*. Afuera nevaba. El tren enfilaba hacia el Este, en su breve trayecto de una hora antes de llegar a la primera parada: Zurich.

CAPÍTULO II

Stavros Dawson era hijo de griega y canadiense.

Nacionalizado norteamericano. Dicho de otra forma, con matrícula EE. UU.

Stavros Dawson, a los treinta años, había vivido como tres veces más la existencia comparado con el hombre medio de su misma edad. Con algo más de ciento ochenta centímetros de altura, su complexión era delgada y extraordinariamente ágil; felina diríase. Había soltura en todos y cada uno de sus movimientos igual que si las articulaciones de su cuerpo fuesen unas independientes de las otras. Sus largos cabellos en melena que le llegaba por más allá de los hombros eran negríssimos, de un azabache intenso y azulado, con ojos de idéntica tonalidad coronados por oscuras cejas, por unas cejas que solía arquear con frecuencia al observar a los demás con mirada entre insolente y burlona. Tenía la nariz larga y fina, prominentes los pómulos que prestaban al conjunto de sus facciones una pincelada de exotismo, y su boca, ancha y carnosa, exhibía un atisbo de humor, puede que de refinada ironía, en las comisuras.

Stavros mostraba una falsa sensación de ausencia, casi siempre, cuando en realidad ningún detalle escapaba a su sagacidad, ningún movimiento que se registrara en las inmediaciones hurtábase a la descuidada avidez de sus pupilas. Todo en Stavros sugería que era un hombre alejado de los convencionalismos, personal y peculiar en sus facetas, que se enfrentaba a la vida de una forma natural, desenfadada, escéptica incluso, con maneras y comportamiento totalmente despreocupados. Más de uno había vivido para lamentarse de aquella supuesta actitud existencial. Algunos, incluso, habían muerto.

A los diecinueve años Dawson ya tenía el título de piloto

mercante —por aquel entonces el piloto más joven de la Marina comercial americana—. Y obtuvo posteriormente un diploma complementario para pilotar helicópteros. Ingresó en la Armada a los veinte y enviado a la Escuela de Suboficiales pronto se graduó como subteniente, pasando un par de años después a la Academia de Oficiales de donde habría de salir con el rango de alférez de fragata. A los veinticuatro años alcanzaba el grado de teniente de navío y sus superiores, conscientes de la valía excepcional y de las extraordinarias cualidades intelectuales de Stavros Dawson dieron con él en los servicios de Inteligencia Naval. Fue destinado meses después a la Embajada estadounidense en Londres con el propósito de contribuir a desenmascarar la identidad de espías que operaban en suelo británico y que pasaban a Rusia secretos técnicos que Estados Unidos había compartido con Inglaterra. Pero todo esto no había sido más que el principio. Como dominaba los idiomas francés, alemán, italiano y servocroata, se le designó más tarde y temporalmente a la Central Intelligence Agency. Eso, no convencía en exceso a Stavros pero accedió pensando que podría tratarse, en el fondo, de una interesante y provechosa experiencia.

Después de servir en varias partes de Europa occidental, período en cuyo transcurso llegó a conocer a todos los jefes importantes de seguridad y contraespionaje, Dawson fue asignado a los Balcanes. Asentado en la capital de la tierra que viera nacer a su madre, Atenas, emprendió actividades que aún estaban envueltas en un velo de misterio.

Un buen día y sin que nadie supiera el cómo ni el por qué, cuando acababa de cumplir los veintiocho, Stavros emigró a la patria paterna, Canadá, donde bajo los consejos inversionistas del multimillonario canadiense Pernell Hunter, multiplicó su reducido capital en un veinte por ciento. Al dejar las actividades del espionaje y la intriga, Stavros Dawson había filosofado de la siguiente manera:

«Como sucede con los corredores inteligentes de Fórmula 1, ésta profesión se abandona antes de los treinta o se es hombre muerto...». Hombre muerto.

Y precisamente a los treinta, a la edad que él consideraba tope para jubilarse, había vuelto.

Ahora, aquella fría mañana del invierno, mientras con cierto

nerviosismo observaba a hurtadillas su reloj de pulsera constatándolo con uno de los varios repartidos por el vestíbulo del aeropuerto de Zurich, ahora decíamos, día 2 de diciembre, Dawson se preguntaba a sí mismo el por qué... el por qué de su regreso.

«En el fondo —se dijo de frente adentro como respuesta—, soy como las putas. Me va la “marcha” del chulo. Y el *chulo* en mi caso es la morbosa incertidumbre de la aventura, la duda de si saldré vivo en el inquietante juego de la intriga y la muerte... el erotismo que se desprende ante la incógnita de si conseguiré ser más astuto y sagaz que el de enfrente. Si no, ¿cómo se explica mi regreso?».

Otra ojeada al círculo iluminado de pulsera: las 11.21. Los ojos arriba para tropezarse con una de las grandotas esferas, de agujas cronométricas, colgadas en una pared de la terminal aérea: 11.21 horas.

—Estoy más inquieto que otras veces..., sí, pero tengo la sensación de que ésta se retrasan.

Y caminó al kiosco con apatía e indiferencia pensando ahora en una rubia sueca, hermosa, con igual clase que la Garbo, idéntico encanto que la Bergman, fría y dulce a la vez como ella sola, llamada Liv.

Preciosa Liv.

Siempre la había deseado. Desde el mismo día que la conociera. Pero...

Liv y Sullivan se estaban retrasando, ¿no? ¿O eran figuraciones suyas?

—¿Qué desea,
m'sieu

? —le preguntó la preciosa trigueña de pechos arqueados, atrevidos, respingones, que cuidaba del puesto de periódicos y libros.

—¿Eh...? —Respingó, como sobresaltado—. ¡Oh, sí, perdone! ¿Tiene alguna novedad de Harold Robbins?

—No sé... —La chica comenzó a ojear las estanterías—. Déjeme ver.

Stavros volvió a preguntarse *in mente* el porqué... ¿Por qué había accedido a formar parte del grupo Diáspora?

A convertirse en el *number one* del grupo, realmente.

El grupo Diáspora se había constituido, aproximadamente, un año atrás.

Un año atrás, aproximadamente, James Sullivan, que trabajaba a las órdenes directas del Secretario de Defensa de la Casa Blanca, estaba a punto de concluir su período de servicio como agente de seguridad (con misiones especiales de filtración y alto espionaje) en la Embajada norteamericana en Bucarest. Era el día 27 de noviembre y reinaba un clima templado a pesar de que buena parte de la Europa oriental se hallaba bajo la gélida caricia de la nieve. El embajador norteamericano ofrecía una recepción de gala a ciertos miembros del Politburó soviético que visitaban Rumania. Para Sullivan, la última noche que pasaría en Bucarest antes de regresar a los Estados Unidos, presagiaba ser una velada emocionante.

—Es la primera y mejor oportunidad que se me presenta en todos los años que llevo metido en *esto* de ver de cerca, de tocarlo casi, a nuestro mayor enemigo —le había confesado a un edecán^[1] aquel genio de la intriga que respondía al nombre y apellido de James Sullivan.

El embajador, sin embargo, no se mostraba tan entusiasta. Acababa de recibir un telegrama personal y cifrado de Franklin Carlson, quien recientemente había asumido la presidencia de los Estados Unidos; era un mensaje redactado en términos notablemente sucintos que decía:

No ofrezcan un trato de favor ni presten excesiva atención a los rusos. Se trata simplemente de observar una firme y fría cortesía. Sólo *eso*. Y bajo ningún concepto inicien o propicien un brindis por su absurdo y peculiarísimo *proyecto de desnuclearización europea*...

Mientras paseaba entre los invitados bajo el resplandor de las excitadas arañas de luz. James Sullivan lo hacía con aire indiferente sosteniendo entre los dedos de su diestra una copa de *brandy*. Pero verazmente, examinaba a los allí reunidos con extrema atención y el máximo interés, sin perderse el más insignificante de los detalles. Entre los convidados de superior jerarquía del Politburó se encontraba Boris Kornakov, ministro de Asuntos Exteriores. Fue precisamente éste quien se abalanzó sobre Sullivan para intercambiar un brindis, copa de champán en ristre:

—¿Por qué no ser amigos?, ¿eh? ¡Por la desnuclearización europea!

—Por... *eso* alzó su copa Sullivan sin el menor entusiasmo.

Kornakov era un ruso de baja estatura y cabello castaño oscuro con profuso y bien cuidado mostacho encima de sus labios carnosos, del que parecía sentirse orgulloso. Era hombre que exhibía las credenciales de su buen humor y tenía registro de mujeriego. A pasar de sus dudas iniciales, Sullivan acabó aceptando de buen grado al locuaz y humorístico ministro, que expresaba una devoción casi fanática por el estilo de Frank Sinatra.

—La Voz es algo fuera de serie, de veras. ¡Un tipo fantástico! Tengo casi todos sus discos. A que le extraña eso en un ruso, ¿verdad?

Sullivan descubrió que otros de los agasajados soviéticos no le caían tan bien como el ministro Kornakov.

La reunión comenzó a animarse alrededor de las nueve de la noche y el vodka fluía abundantemente alrededor del mariscal Innokenti Briukhanov, ministro de Defensa soviético. Briukhanov, hombre de porte marcial y pecho hinchado y henchido al que sus familiares llamaban cariñosamente Nika, contaba unos sesenta de calendario y había hecho acto de presencia en la embajada estadounidense con su uniforme de gala, cuya guerrera quedaba materialmente oculta por hileras de medallas.

«Con todo eso llega para atestar el escaparate de una casa de empeños en First Avenue», rumió Sullivan despectiva mente.

Estaba claro que Briukhanov pretendía embriagar a los asistentes ya que no hacía más que proponer brindis tras brindis.

—¡Por la desnuclearización! —estallaba machaconamente—. ¡Por la desnuclearización! ¿Hay alguien en esta reunión que se niegue a brindar conmigo por tan hermosa y humana causa? Si es así... ¡está contra mí y contra la paz!

Sullivan lo escrutó discretamente, notando su nariz brutal, lo agresivo de las mandíbulas y la excitación incluso de los pelos que le surgían de las orejas y de las fosas nasales.

«Está en propiedad de todo aquello que tiene que poseer el hijoputa que se supone que es —analizó Sullivan—. Que Dios tenga misericordia de los desgraciados que trabajan a sus órdenes».

El norteamericano continuó circulando con parsimonia en tanto buscaba a un hombre en particular, un tipo de cuyo aspecto, paradójicamente, no poseía descripción alguna. ¿Era factible que

entre la nutrida y alegre concurrencia se encontrara el coronel Iván Voroniuk?

Voroniuk, subjefe de la KGB, constituía todo un enigma para los jefes de seguridad occidental. Y lo era hasta tal punto, que le habían apodado «coronel Misterio». Cuanto se sabía de él era que existía y su expediente en Washington sólo ocupaba una página con escasas líneas escritas.

Se rumorea que es el agente de enlace entre la KGB y el GRU, el servicio de información militar soviético... Se supone que en distintas épocas ha estado al servicio de diferentes embajadas en Occidente utilizando nombres falsos.

Y eso era todo.

Pocos instantes después, Sullivan se dio de narices con otro miembro destacado del Politburó, que no era por cierto santo de su devoción. Sorprendido, ya que no figuraba en la relación inicial de invitados, que él supiese al menos, Sullivan simuló beber un trago de *brandy* mientras observaba a uno de los hombres más temidos del mundo: el general Konstantin Sokolov, jefe de la KGB. El jefe de la policía secreta evolucionaba de un lado para otro, al parecer sin especial significación, pero James Sullivan comprendió que estaba estudiando a todos y cada uno de los presentes.

Sokolov era un hombre más bien bajo, rechoncho y de anchos hombros. Debía frisar los cincuenta y ocho, si no eran más. Llevaba un traje verde oliva de corte clásico. De pie, casi sin moverse ahora, su rostro de prominente mandíbula se manifestaba inexpresivo. Bajo las pobladas y discolas cejas, sus ojos de oscuro apagado esparcían miradas fulminantes alrededor de la estancia, y daban la sensación de catalogar a cada uno de los allí presentes, cosa que con toda probabilidad era justo lo que quería hacer, según pensaba Sullivan. Contrariamente a lo que sucedía con su misterioso subjefe, el coronel Voroniuk, Washington disponía de extensa documentación con respecto al general Sokolov. Se sabía que el jefe de la KGB estaba dotado de una memoria enciclopédica.

«Me juego algo a que conoce todos los hombres de nuestra embajada, qué puesto ocupa y cuándo hace el amor cada uno de ellos», se decía, con una muda sonrisa cayéndose por los labios, James Sullivan.

Repentinamente Sokolov comenzó a rodear el contorno que

formaba la gente. A aquellas alturas el ambiente se había caldeado bastante y el bullicio campaba *in crescendo*: voces estridentes, un interminable entrechocar de copas, Boris Kornakov que charlaba y bromeaba infatigablemente... Sullivan aprovechó la oportunidad que se le presentaba al pasar Sokolov cerca de él. Alzó la copa y dijo:

—Paz y concordia, general. ¡Pero de verdad!

Konstantin Sokolov farfulló algo en ruso y aceptó el brindis; sus escrutadores ojos pardo oscuros miraron con dureza al norteamericano y después prosiguió su recorrido.

No había sido un encuentro excesivamente cordial, pero Sullivan no quiso perder la ocasión de estudiar de cerca al jefe de la KGB aunque no fuera más que por pocos segundos.

Hacia el final de la velada, Sullivan experimentaba que no había sacado nada en limpio. Poca cosa, o nada, de la que informar a la Casa Blanca o a su secretario de Defensa, Thomas Stewart. Ciertamente no había visto a nadie que pudiera ser Iván Voroniuk, a nadie que permaneciera cerca de Sokolov. Había sido simplemente una experiencia más, algo que agregar a su informe final, pero no iba más lejos de eso.

Al menos eso creía James Sullivan en aquel instante. Al menos así lo estimaba el hábil cerebro de la intriga destinado en la embajada estadounidense en Rumania.

Las novedades, la novedad para ser más exactos, iba a producirse después. Una vez concluida la reunión.

Regresó a su habitación pasada la medianoche para terminar de hacer las maletas —por la mañana debía tomar el avión rumbo a Roma—. Palpaba en los bolsillos de la chaqueta buscando cigarrillos... creía que le quedaba medio paquete aún, cuando se quedó rígido como un poste. Agotado por el anticlímax que a menudo encierra una reunión como la que acababa de celebrarse, James Sullivan se sintió bruscamente excitado. En el interior del bolsillo sus dedos tocaron algo extraño, algo que no debía estar allí... *algo que no tenía por qué estar allí*. Extraño, con suma lentitud, lo que resultó ser un sobre lacrado. En el anverso del mismo, en inglés y con mayúsculas, aparecía escrito el siguiente texto:

PARA SER LEIDO UNICAMENTE POR EL PRESIDENTE DE LOS EE. UU.

Esa noche, Sullivan se acostó mucho más tarde de lo que tenía previsto. Despertó a su ayudante técnico y le hizo someter el sobre a una serie de pruebas. Quedaron así descartadas totalmente las posibilidades de que se tratase de un artefacto explosivo o de que el sobre estuviera impregnado de una sofisticada sustancia venenosa. Sullivan tenía el sobre, aún lacrado, que había sido observado a través de rayos «X» y en la película se destacaba el borde nítido de una cassette. En la parte externa del objeto alguien había grabado las iniciales WE.

—¿Dónde lo obtuvo? —quiso saber, impensadamente, su auxiliar técnico.

—Me lo pasaron, Fort —repuso Sullivan sin agregar ningún otro comentario. Pero previniendo, eso sí—: A propósito, esto es asunto de alta seguridad y por lo tanto, después de mi partida, ni un solo comentario al respecto. ¿Entendido?

—O. K.

De regreso a su habitación, pasadas las cuatro de la madrugada, y con el equipaje ya a punto, Sullivan se recostó contra la almohada, completamente vestido, mientras cavilaba. Sabía que el sobre sólo se lo podía haber deslizado dentro del bolsillo —y con extremada profesionalidad— alguien que hubiera asistido a la recepción. Precisamente había estrenado aquel traje aquella noche. La única evaluación viable por fantástica que pareciese... *era que alguno de los rusos que habían asistido a la fiesta, uno de ellos, le había deslizado el sobre.* ¡Y para mayor inri ante la mirada escrutadora del general Konstantin Sokolov, jefe de la KGB! Este pensamiento, burlón y jovial en principio, acabó estremeciéndole. Quienquiera que lo hubiese hecho debía poseer mucho valor. O estar terriblemente desesperado.

Pero cuanto más reflexionaba sobre aquel súbito e impensado *affaire*, más lógico le parecía. Sí... Tenía su lógica, desde luego. No era ningún secreto en particular que su servicio en la embajada finalizaba, que por eso regresaría en breve a los Estados Unidos y que a lo mejor no volvía a aparecer jamás por Europa. Este hecho, sin duda, era conocido en círculos soviéticos. Por ende, alguien había tomado ese detalle en cuenta, calculando que el cassette sólo permanecería unas horas en Bucarest después que se lo hubiera pasado a él.

Al día siguiente por la noche, Sullivan y su *encargo* para el presidente estaban en Washington.

Sullivan aprovechó, para obrar con la mayor discreción, que el primer mandatario del país del Tío Sam, daba una recepción con motivo de la estancia en Washington del canciller de la República Federal de Alemania, que había viajado para asistir a unas reuniones en las que el gabinete del presidente Carlson iniciaría los estudios sobre la política económica a seguir con Europa... con la Europa occidental, claro.

—Thomas Stewart, mi fiel amigo y hoy secretario de Defensa, me ha hablado mucho de usted... Tenía ganas de conocerle, Sullivan. De veras. Siempre me había apasionado la idea de conocer de cerca a un espía. Supongo que en el cine se exagera, ¿verdad, Sullivan?

—A veces, señor presidente. Sólo a veces —sonrió el hombre recién llegado de Rumania.

—¿Y qué tal esas informaciones misteriosas?, esas películas *top secret*.

Con la mayor naturalidad del mundo, James Sullivan dijo:

—Le traigo una muestra en el bolsillo, señor presidente. Una cassette que un ruso fatigado me metió en la chaqueta ayer, en la embajada de Bucarest.

El presidente arqueó las cejas.

—Supongo que bromea..., ¿no?

—No, señor. Jamás he hablado más en serio.

—Explíquese, Sullivan. Se lo ruego...

Se explicó. Con todo detalle.

—Es usted todo un profesional, amigo —reconoció el presidente. Añadiendo—: Se ha plantado en Washington, en la Casa Blanca, con el cassette en el bolsillo y sin pestañear. Magnífico... Creo que voy a necesitar de un maldito bastardo insubordinado como usted... Porque Thomas Stewart no sabe nada de esto, ¿cierto?

—Cierto, señor —admitió Sullivan. Razonando—: En el sobre estaba bien claro, ¿no? «PARA SER LEIDO ÚNICAMENTE POR EL PRESIDENTE DE LOS EE. UU.». Y el presidente es Franklin Carlson... y Franklin Carlson es usted, ¿no, señor?

—Sigo pensando que es usted un maldito bastardo, Sullivan. Pero a partir de hoy recibirá las órdenes directamente de mí.

¿Hace?

—Es un honor, señor presidente.

—Déjese de monsergas, Sullivan. Y con el mismo disimulo que lo hicieron con usted en Bucarest, métame el cassette en el bolsillo, ¿eh?

Asintió, sonriente, el espía.

—O. K.

—Y ahora si me lo permite —murmuró el presidente—, tengo que seguir atendiendo a mis invitados. Ya me ha robado usted bastante tiempo, señor Sullivan.

El que había llegado de Rumania se hizo a un lado para permitir el paso de Franklin Carlson, iniciando una tímida inclinación.

A altas horas de aquella misma noche, a solas, el presidente escuchó la grabación en la Oficina Oval.

Se trataba de una voz masculina que hablaba un inglés bastante aceptable. Que comenzaba diciendo que su nombre en código, para el futuro, sería Welcome, que sólo se comunicaría por medio de cassettes y que la autenticidad de cada uno de los mismos la garantizarían las letras *WE* que el rascaría en el exterior de la tapa. Luego pasó a dar informes sobre la política soviética en distintos campos y apartados de la misma, las opiniones que sostenían los miembros más influyentes del Politburó con respecto a la nueva administración norteamericana y los supuestos tácticos realizados últimamente por las tropas del Pacto de Varsovia, bajo la supervisión directa del ministro de Defensa de la URSS, general Innokenti Briukhanov.

Lo que vino a continuación resultó ser todavía más sorprendente. Dio instrucciones al primer mandatario norteamericano en el sentido de que debía organizarse un grupo de operaciones totalmente nuevo fuera de los Estados Unidos, o de agentes que estuvieran en la reserva o fuera de circulación, para trasladar los cassettes desde Europa a Norteamérica.

«A fin de protegerme, usted debe organizar ese grupo especial, que sugiero sea dirigido por un norteamericano, si bien sus integrantes pueden ser europeos, ya que operarán en Europa. Fío de todas formas en su acertado criterio y en la lógica de que sabrá entender perfectamente lo mucho que ustedes y yo nos jugamos en esta operación...».

Proseguía Welcome, notificando que los cassettes serían enviados en el expreso de Moscú, ocultos en el coche cama que llegaba a Ginebra, Suiza, el primer viernes de cada mes. Siguieron otros detalles —el número de compartimento del coche cama, el lugar preciso donde sería escondido el cassette, etc.—. Cada lunes posterior al viernes en que hubiera llegado una grabación se acusaría recibo del mismo a través del programa «Ondas de la Democracia», radiado a Europa oriental: se pasaría un disco que él habría especificado en la cassette remitida, y se pasaría a las cuatro de la tarde hora de Moscú. Para comunicar el acuse de recibo de aquella primera comunicación se radiaría la canción *Extraños en la noche*, interpretada por Frank Sinatra.

La grabación finalizaba con una categórica advertencia:

«Ningún integrante de ese grupo especial debe intentar identificarme bajo concepto alguno. Eso es obligatorio. Por lo que hace referencia a mis motivos, son cuestiones personales. Cuestiones que quedan exclusivamente entre mi conciencia y yo. El próximo cassette viajará a bordo del coche cama del expreso de Moscú que tiene su llegada a Ginebra el...».

Posiblemente, cualquier otro presidente de Estados Unidos que no hubiera sido un hombre de la personalidad y firmeza de Franklin Carlson habría consultado al secretario de Defensa, al Pentágono, al director de la CIA y sabe Dios a quién más.

Carlson no.

Carlson solicitó conferencia con Montreal, Canadá, pidiéndole a su buen amigo Stavros Dawson que se dejara caer por Washington lo antes posible.

Y cuando llegó el griego-canadiense nacionalizado norteamericano, tras dejarle escuchar la grabación, le dijo:

—Aunque sólo sea por amistad, pero tienes que volver. ¡Ah!, y exclusivamente para este asunto, ¿eh? Si un día Welcome se cansa de enviarnos cassettes, te vuelves para casa y no se habla más del asunto. ¿De acuerdo?

Stavros se mordió el labio inferior.

—No sé. De veras que no...

—¿Quiere usted ayudarme a convencerle, Sullivan? —El presidente se encaraba con el hombre de bigotes lacios y guías caídas que estaba presente en el diálogo de hecho y por derecho.

—Stavros es muy *sui generis*, señor presidente. Usted que parece conocerle a fondo tiene que saberlo.

Carlson, como si ya contara con la aquiescencia de Dawson, sentenció:

—El grupo se llamará... se llamará. ¡Diáspora!

—¿Por qué Diáspora?^[2] —inquirió el que había venido del Canadá, con cuyo interrogante parecía dejar sentada su resolución de aceptar.

—¡Sabía que no me fallarías, Stavros! —se felicitó a sí mismo el presidente.

Insistiendo el otro:

—¿Por qué Diáspora?

—Bueno... —Era Carlson ahora quien se mordía el labio inferior —, porque los componentes del grupo deberán dispersarse desde América por Europa para hacerse con las grabaciones que envíe Welcome, Y quizá porque yo debo tener algo de judío en el subconsciente.

—Es posible —sonrió Stavros.

—Yo no tengo nada que objetar al nombre —intervino James Sullivan. Matizando—: Pero aún no he oído a Stavros Dawson decir que «sí»...

—¿No sabe usted leer entre líneas, Sullivan? —sonrió el presidente.

—Podría tratarse de una sutil celada —se explicaba, ahora, Dawson. Añadiendo—: Nos influyen con información falaz, pero adjuntando datos auténticos y triviales, al mismo tiempo, para despistarnos.

—He considerado esa posibilidad —admitió Carlson. Significando—: Welcome ha dado demasiada información.

—Admitámoslo —dijo Stavros.

—¿Quiénes vamos a trabajar en el grupo Diáspora? —se interesó Sullivan.

—Vas muy deprisa, paisano...

—¿Es que no hemos de empezar, ya? —Pareció sorprenderse James con la actitud precautoria de Dawson, patentizándolo a través de su pregunta.

—Sí... Pero no centralizando el trabajo aquí.

—¿Dónde? —quiso saber el presidente.

—En Montreal, si usted no tiene nada que objetar —dijo Stavros. Ampliando—: Sé que al viejo Pernell Hunter le encantará volver a la actividad aunque sea desde una óptica pasiva. En una de sus oficinas podemos instalar el cuartel general de Diáspora. Allí se escucharán los cassettes que nos remita Welcome para informar posteriormente, de su contenido, a la Casa Blanca.

—A mí... —Sonreía como un niño el presidente, incrustando su propio índice diestro en el pecho. Preguntó—: ¿Con quiénes vas a contar, Stavros?

—El cassette del coche cama lo sacará Nicholson...

—¿Stan Nicholson? —le interrumpió Sullivan.

—El mismo.

—Correcto. Es un buen elemento y además tiene experiencia.

—Y conocimientos amplios sobre el manejo de cuadros de transmisiones. Siempre puede ser muy útil —prosiguió Dawson. Perseverando—: Stan bajará la grabación del vagón *lit* y...

—Se lo pasará en la misma estación de Génève a Liv Palmer —truncó James—. Especialista en maquillaje y disfraces, cuyo aprendizaje hizo en una productora cinematográfica sueca. Ha trabajado para mí en un par de ocasiones.

—¡En ese caso debe estar la tira de buena! —estalló Dawson.

—Formalidad, señores... —se fingió severo el presidente—, formalidad. Estamos estructurando una célula de espionaje, ¿o no?

—Tú te encargarás de la cobertura en plaza, Ginebra en este caso, con gente del país. ¿Es válido James?

—Perfectamente —asintió el aludido, cambiando una mirada de inteligencia con Stavros. Quiso saber—: ¿Después?

—Liv y tú viajaréis en tren hasta Zurich, puede ser en el Interexpres Transalpino... Yo la recogeré a ella en el aeropuerto efectuando el relevo de tu cobertura para volar desde esa ciudad helvética hasta Montreal. Tú cogerás también el avión..., ¿te parece bien hasta Miami? Allí, tranquilamente, en la playa y acompañado de chicas maravillosas, esperarás el día de emprender nuevo viaje a Europa. ¿O. K.?

—O. K. —cabeceó Sullivan.

El presidente les miró a los dos, con cierta sorpresa.

—¿Ya está...?

—¿Y qué esperaba usted? —le preguntó a su vez Dawson.

—Los escritores y guionistas cinematográficos, a veces, desvirtúan la realidad y la desorbitan exagerando los contenidos de la misma, señor presidente —sonrió, suave, James Sullivan—. Hay cosas, como usted acaba de comprobar, que resultan así de sencillas.

Y así, sin más, había nacido el grupo Diáspora.

* * *

—No tengo nada nuevo de Harold Robbins,
m'sieu

—le dijo con una abierta sonrisa la guapa mujer de pechos atrevidos que cuidaba de uno de los puestos de libros y revistas del aeropuerto de Zurich.

—¡Ah...! Entonces... Un periódico, señorita. Uno cual quiera.

—¿Local? —Ella se inclinaba al máximo, se ahuecaba, para que aquel guapo mozo pudiera captar en toda la plenitud sus pechos de fuego.

—Cualquiera, cualquiera... —Dawson estaba nervioso. Y de súbito soltó un suspiro de alivio—. ¡Uuuf! Menos mal.

—¿Cómo dice,

m'sieu

?

—Nada, nada. Hablaba conmigo mismo.

—¡Ah! Es usted un tipo solitario, ¿verdad? Y muy interesante...

La chica de las tetas de escándalo le tendía un ejemplar del matutino francés *Le Fígaro* haciendo al mismo tiempo lo imposible por entrar en conversación; por «ligar», aunque sólo fuera a través del verbo.

Stavros no le hacía ni puto caso porque acababa de captar la presencia en las dependencias del aeropuerto de una presurosa Liv Palmer —de ahí el suspiro de alivio—, dirigiéndose a uno de los mostradores de Swissair para verificar su vuelo, observando al mismo tiempo que el recepcionista ya había situado la maleta de la sueca sobre la cinta transportadora.

Recogió el periódico, abonándolo sin apenas prestarle atención ni al ejemplar ni a «pechos diabólicos», a la vez que de nuevo controlaba la hora. Apenas seis minutos para la salida del vuelo 907

de Swissair. Un horario muy ajustado en aquella ocasión, pero al menos y afortunadamente, así parecía confirmarlo la presencia de Liv, todo había salido bien.

Ella estaba allí, en Zurich. Y la cassette procedente de Moscú era de suponer que en su bolso.

Lo advirtió casi de refilón. Por el rabillo del ojo.

A James Sullivan.

Al espía de lacios bigotes con largas guías caídas.

Había hecho un gesto. Incomprensible para quien no fuese Stavros Dawson.

El intrigante de madre griega y padre canadiense se centró en el punto en que se hallaba Liv.

Caminaba hacia el acceso desde donde el bus articulado les trasladaría a bordo del DC10. Y un tipo que había surgido, como si lo hubiesen parido con urgencia, de la puerta del servicio de caballeros, avanzaba también presuroso en diagonal hacia la beldad sueca de rubios cabellos. Otro hacía lo propio, al revés, desde el mostrador de la TWA, de manera que cuando se cruzase en forma de «X» con el que venía de los lavabos, Liv Palmer quedaría atrapada en la intersección de ambos.

Uno le metería una bala silenciosa en la boca del estómago mientras su compinche le arrancaba de un tirón el bolso de cocodrilo, largándose a toda velocidad de la terminal aérea.

Stavros se sabía la jugada de memoria.

Por eso lanzó el periódico al suelo echando a correr.

—¡Eh, hombre! —La chica del puesto de revistas estaba sorprendida—. ¡Eh...! Pero ¿qué hace usted? ¿Por qué tira el periódico?

Dawson había dejado descender por el interior de la manga diestra una navaja modelo italiano que escupía la hoja de acero por presión sobre un resorte. Liv, al percatarse de la extraña movilidad de su compañero, que en buena lógica no tenía que acercarse a ella para nada, comprendió que alguna grave anomalía se estaba produciendo.

Giró su rubia testa de un lado a otro «fichando» al punto a uno de los asesinos. Rompió el paso cambiando de dirección para irse a la izquierda y el fulano que venía desde el *water* trató de abalanzarse hacia Liv... justo cuando Stavros *tropezaba* cayendo

encima del individuo para meterle casi un palmo de acero bajo la tetilla izquierda.

Dawson, con la mayor naturalidad, tiró atrás del mango y un chorro de sangre brotó, caudaloso, espectacular, del pecho del que pretendía asesinar a Liv, salpicando de rojo su traje oscuro y la camisa clara.

Stavros siguió caminando como si nada hubiera sucedido.

—¡Ooooh! —chilló, histérica, una mujer—. ¡Auxiliooooo! ¡Han asesinado a este hombre!

El compañero del que ya caía de bruces sobre el piso del aeropuerto encima de un charco de su propia sangre, contraídas las facciones en una mueca de rabia sorda, crispando los labios, exhibió a las claras un enorme pistolón con el que se dispuso a balear el cuerpo de la sueca que estaba de él a menos de medio metro.

—¡SOCORROOOOOO! —bramó de nuevo la mujer, tirándose de los cabellos con desesperanza y patetismo—. ¡HA SIDO UN CRIMEN!

Los aullidos de la sexagenaria, que parecía haber sacado fuerzas de flaqueza, y el silenciador que llevaba enroscado el cañón de la pistola Sten de James Sullivan sirvieron para que nadie se apercibiera del único disparo, matemático disparo, con que le había volado literalmente la cabeza al de la competencia que pretendía balear a Liv Palmer.

Un hombre de mediana edad y estatura que se encontraba cerquísima del fulano, al ver cómo le desaparecía a éste más de media cara salpicándole a él con pringue grisamarillento y fragmentos de hueso aderezados con salivazos sangrientos, se quedó perplejo, petrificado, como en trance.

Luego, saliendo de su asombro para componer una «O» muy grande con la boca, exclamó:

—¡Coño!

—¡Se ha cometido otro asesinato! —gritó uno que estaba detrás del primer asombrado.

Sullivan ya se encontraba en la zona de *parking* subiendo a un Citroen que siempre hallábase estacionado allí cuando ellos llegaban a Zurich, en previsión de una emergencia como la que acababa de producirse.

Liv Palmer y Stavros Dawson, distanciadamente, estaban ascendiendo por los peldaños de la escalerilla que les enviaba al

interior de la panza del vuelo de Swissair 907, de aquel gigantesco DC 10 que concluiría su aventura por el cielo y entre las nubes en el aeropuerto de Montreal, Canadá.

CAPÍTULO III

La reunión de emergencia del Politburó se había celebrado el día 1 de diciembre a partir de las 20.00. Unas trece horas antes, minuto arriba minuto abajo, de que el coche cama que lucía en los costados el rótulo «VAGO

NE-LETI.

MOSKAVA WARSAWA BERLINFRANKFURT-HEIDEL-BERG-GENEVE», llegase a la *Hauptbahnhof* de Ginebra.

Con el cassette de Welcome oculto en el desagüe de la jofaina del lavabo del tercer compartimento.

Una a una, las escuadras de limusinas Zil de color negro traspasaron el pórtico del Kremlin. Cada conductor, todos ellos miembros de la KGB, llevaba sombrero chato de ala estrecha y un tupido abrigo azul marino. Nikolai Alexandrovitch Gromeko, primer ministro, que venía de su domicilio en el edificio de nueve plantas ubicado en el número 26 de Kutuzov Prospekt, fue el primero que hizo acto de presencia. El general Konstantin Sokolov que vivía en el piso de encima de Gromeko, llegó a renglón seguido, apareciendo pocos minutos después el ministro de Asuntos Exteriores, Boris Kornakov.

El último en presentarse, a las ocho y cuatro minutos, fue el mariscal Innokenti Briukhanov quien, como de hábito, lo hizo ataviado con uniforme de gala, con la insignia de su rango brillando en las charreteras y el tórax dilatado bajo la resplandeciente hilera de condecoraciones.

«¿Por qué siempre es el último? —se preguntó el adusto primer ministro. Respondiéndose—: Se quiere dar importancia, sí, es eso. Pero algún día le saldrá el tiro por la culata. Y entonces...».

Nikolai Alexandrovitch Gromeko abrió la sesión en el mismo

momento en que el ministro de Defensa hubo acoplado su enorme osamenta entre asiento y respaldo.

Fue una reunión mordaz, agresiva, preñada de insinuaciones veladas y abiertas, porque los moderados entraron en lucha con los duros ya que, por una vez, aquéllos disponían de argumentos para desplegar todas sus baterías dialécticas contra el mariscal Briukhanov y sus adláteres. Durante una hora larga Briukhanov oyó en silencio, cosa poca frecuente en él, cómo el ala moderada desencadenaba la feroz ofensiva en su contra.

—Usted y sus absurdas maniobras al frente de las tropas del Pacto de Varsovia ha provocado un movimiento reflejo en la administración Carlson, la cual no se conforma con situarse a la defensiva, sino que está alertando a sus aliados de Europa occidental para una más que posible acción violenta. Violencia que puede comenzar y que de hecho ha empezado en algo mucho más grave. Su estúpida patriotería nos está perjudicando notablemente, mariscal. De hecho nos está haciendo retroceder toda una década...

Innokenti Briukhanov, que poseía las mismas cualidades de sagacidad tanto en lo referente a estrategia militar como a frialdad política, aguardó deliberadamente hasta que la ofensiva fue apagándose, mermando en su virulencia y, como lo haría un experto general, lanzó acto seguido su contraataque. Cuando inició su oratoria, las luces de las arañas que colgaban del techo hicieron estallar esquivas luminosas en sus condecoraciones.

—Obra en mi poder un amplio y extenso *dossier* redactado en secreto por el coronel Iván Voroniuk, subjefe de mi camarada el general Sokolov, quien también posee una copia del mismo... un amplio y documentado *dossier*, decía, del cual se desprende algo más que la posibilidad, la cierta sospecha casi, de que informes rigurosamente secretos relacionados con éste Politburó están llegando a Washington. A la mesa particular del presidente Franklin Carlson. Y entre esos informes puede haber algo, o mucho, que haga referencia a la operación Mazazo. Como ustedes saben, el coronel Voroniuk actúa de oficial de conexión entre el GRU y la KGB. En consecuencia, consideró que el tema era tan peligroso para la seguridad del estado que debía proporcionarme este informe a mí...

—¡Alto! ¡Alto ahí!

Había sido Nikolai Alexandrovitch Gromeko, el primer ministro,

que presidía la larga mesa, quien acababa de intervenir. Tras la exclamación perentoria que había servido para interrumpir la vidriosa verborrea del ministro de Defensa, se volvió hacia el general Sokolov, jefe de la KGB, que estaba como hundido en su asiento estudiando a Innokenti Briukhanov desde debajo de sus tupidas cejas con mirada hierática, imperturbable.

—General Sokolov —le instó el primer ministro—, ¿preferiría ocuparse de este asunto usted mismo?

—No tengo la menor objeción a que sea el mariscal quien revele su contenido. La gravedad de este informe, como él mismo ha significado, difícilmente puede exorbitarse.

—Entonces proseguiré —gruñó Briukhanov. Agregando—: Las recientes maniobras y estrategias desarrolladas bajo mi supervisión por los contingentes militares del Pacto de Varsovia, de las que tan bien informados parecen estar nuestros AMIGOS los americanos hasta el extremo de iniciar represalias económicas a través del bloque de la Europa occidental contra nuestros países satélites y la propia Rusia inclusive... esas maniobras de las que tan perfectamente informados están en Washington —insistió y remarcó con sonoro énfasis el ministro de Defensa— fueron llevadas a cabo a centenares de kilómetros de nuestras fronteras con las fuerzas de la OTAN. Por lo tanto, incluso bajo las condiciones y cláusulas del proyecto de desnuclearización, *no creí necesario informar a la OTAN*. Y los satélites americanos en órbita no pudieron conjeturar, de ninguna de las maneras, el verdadero sentido y objetivo de esas maniobras. Aún no pueden leer postes indicadores desde el espacio —incidió en el contenido sarcástico de su registro Innokenti Briukhanov—. Sin embargo, la reacción estadounidense hace prever que saben mucho más de nuestras evoluciones bélicas de lo que sería de desear...

—¿Quiere ir al grano, mariscal? —le interrumpió el primer ministro.

—Sólo alguien que se encuentra sentado a esta mesa puede haber informado a Washington..., sólo uno de nosotros es quién nos traiciona a la administración Carlson.

Lanzada la bomba, Briukhanov se repantigó en su asiento mientras se disparaba a su alrededor una barahúnda infernal.

—¿Cómo podemos tolerar tamaña estupidez? —se preguntó y les preguntó a los miembros del Politburó el ministro de Exteriores,

Kornakov. Exclamando antes de que nadie contestara—: ¡Esto es vejatorio, disparatado!

—Va usted excesivamente lejos, mariscal —puntualizó con desagrado Viacheslav Antonescu, el teórico del partido, desde detrás de las enormes gafas y mostrándose su expresión más hosca y oscura de lo habitual.

Antonescu, al igual que Kornakov, Sokolov e Innokenti Briukhanov, había asistido el 27 de noviembre del año anterior a la recepción ofrecida en la Embajada norteamericana en Bucarest, ocasión en la que alguien, un misterioso personaje que se autodenominaba Welcome, había deslizado una cassette en el interior del bolsillo de la chaqueta de un agente estadounidense llamado James Sullivan, que actuaba con cobertura diplomática.

El primer ministro Gromeko, quien se pasaba la mitad de su existencia preservando el equilibrio entre moderados y radicales, intervino por tercera vez.

—Necesitará aducir evidencias más concluyentes que ésa para apadrinar sus afirmaciones, mariscal —dijo con rigor.

—Dispongo de ellas. —Briukhanov extrajo un abultado paquete de documentos del interior de su carpeta. Apostillando—: Voroniuk ha compuesto un meticuloso análisis de nuestras acciones y de las reacciones paralelas en Washington en el transcurso de este año que prácticamente finaliza. Una y otra vez Carlson se ha anticipado o por lo menos ha previsto nuestros movimientos. Todo cuanto digo está escrito aquí... —Golpeó con el puño diestro encima del legajo. Sentenciando tras una intencionada pausa—: Y lleva a una sola conclusión, caballeros: existe un traidor al más alto nivel.

El general Sokolov, jefe de la KGB, se inclinó hacia adelante.

—He leído el informe —se arrancó de un tirón con manifiesta brusquedad. Reconociendo—: Creo que no sólo es alarmante; sino también convincente. Propongo que se forme de inmediato una comisión para estudiar este asunto, que sea dirigida por el primer ministro, por el mariscal Briukhanov y por mí mismo.

—¡Todos deberíamos tener acceso a ese informe! —protestó Boris Kornakov.

Nikolai Alexandrovitch intercedió por cuarta vez.

—Propongo que la sugerencia de Sokolov sea sometida a votación.

La proposición del jefe de la KGB fue aprobada por una pequeña mayoría.

—Yo —dijo grandilocuente, solemne y casi amenazador, tras el escrutinio, el primer ministro— me reservo el derecho privado de hacer intervenir en esta investigación al Silencioso.

Nadie objetó nada a la súbita decisión presidencial.

La reunión de emergencia se dio por concluida en medio de un clima de confusionismo y excitación, discutiendo los asistentes sobre lo hablado y decidido, nerviosamente, con vehemencia, incluso fuera del recinto. Sólo tres hombres demoraron su salida: Nikolai A.

Gromeko, el mariscal Briukhanov y el general Sokolov.

Habíase iniciado, ya, la persecución y cerco en torno a Welcome.

SEGUNDA PARTE

¿MISION IMPOSIBLE?

CAPÍTULO IV

En la decimosegunda planta del edificio Empire Red de Montreal la puerta automática del ascensor se descorrió a las 17.30 hora local y Liv Palmer salió de él, haciéndolo detrás Dawson, quien llevaba el maletín de la muchacha. Todavía era viernes, 2 de diciembre. Tras echar una ojeada a ambos lados del corredor la sueca se encaminó con paso decidido hacia la puerta donde una placa metálica tenía grabado el siguiente texto: Hunter Corp., Inc. La abrió con energía topándose con la recepcionista que la estudiaba desde detrás de un amplio mostrador que servía a la par de escritorio.

Fue Stavros quien anunció:

—Nos esperan, señorita. Ella es la señora Jeins, Vera Jeins, y yo, Al Straus. El señor Hunter nos está esperando.

Liv, en su papel de Vera Jeins, llevaba puesta la peluca morena y las gafas de concha, que se había calado mientras Stavros conducía el vehículo arrendado en el aeropuerto. La recepcionista la miró de soslayo, por segunda vez, mientras se comunicaba a través de la centralita para indicarles, luego, que podían pasar. Liv fue la primera en franquear la conocida puerta que Dawson se encargó de cerrar tras ellos cuidadosamente. Dentro del despacho, un hombre fornido de semblante impasible, se alzó del otro lado del escritorio de dimensiones más reducidas que el de la recepcionista.

—Me satisface veros de nuevo.

Todo eso fue lo que dijo Pernell Hunter, el sempiterno industrial canadiense que hiciera aumentar tiempo atrás, en un veinte y pico por ciento, los ahorros de Stavros Dawson. Hombre de unos sesenta años, Hunter había controlado una de las organizaciones más extensas y secretas de contraespionaje en el hemisferio occidental durante la Segunda Gran Guerra. Incluso ahora, en la actualidad y

pese al paso de los años, existía un magnetismo alrededor de aquel hombre extraordinario, un toque de energía y tenacidad en su rostro inescrutable y en sus ojos de pausado evolucionar. Stavros contempló al viejo legionario con un afecto y reverencia poco frecuentes en él, mientras el canadiense abría la pesada y secreta puerta escondida tras un amplio mueble-librería, haciéndose a un lado para permitirles el paso.

La gran estancia existente detrás del oculto umbral no tenía ventanas, y estaba iluminada desde lo alto por fluorescentes. La atmósfera, pese a lo solitario del lugar, estaba un tanto cargada.

Liv se deshizo de los camuflajes para ofrecer su aspecto natural.

Dawson, desde el minibar modelo Havana, inquirió:

—¿Un *whisky*?

—No... —rechazó la preciosa rubia. Preguntando de pronto—: Supongo que estás pensando lo que yo, ¿verdad?

—Verdad —afirmó Stavros. Yendo más lejos al agregar—: Lo ocurrido en la estación de Ginebra y posteriormente en el aeropuerto de Zurich es como para empezar a preocuparse, pequeña. Alguien está sobre la pista de Welcome «Diáspora»...

—¿La KGB?

—Probable. Tendremos que replantearnos el *modus operandi* de Diáspora y estudiar otro plan de acción para hacer llegar el cassette desde Ginebra hasta aquí.

—¿Piensas que pueda haber peligro inminente, Stavros?

Se encogió de hombros, dubitativo.

—No lo sé, pero... Luego estudiaremos esa cuestión. Primero, sepamos lo que nos dice hoy Welcome.

Mientras respondía, el hombre de largos cabellos negros insertaba la cassette que había extraído del bolso de la joven en una grabadora, pulsando ya la tecla de reproducción.

Siguieron unos segundos de tenso silencio mientras la cinta giraba, escuchándose su rasgante siseo para dejar paso, seguidamente, a la voz familiar que les hablaba, susurrante, en un inglés más que aceptable. Aquella voz que se intuía intencionadamente deformada y se dirigía a ellos desde la capital de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas, a más de seis mil kilómetros de distancia... una voz que indudablemente pertenecía a un miembro destacado del Politburó ruso.

La del hombre que ellos tan sólo conocían bajo el pseudónimo en código de Welcome y que comenzaba a expresarse en los siguientes términos:

«Welcome informa... Una emergencia extraordinaria se le plantea a Europa occidental... Su nombre, Operación Mazazo... Presidentes y jefes de gobiernos que aún están por decidir pero que posiblemente corresponderán a Francia, Holanda, Bélgica, Suecia y República Federal de Alemania, así como altos mandos militares de la OTAN, van a ser asesinados por supuestos grupos terroristas de credo ácrata, de ideologías tan utópicas, como supinas y criminales. Se pretende con ese Mazazo en cadena desestabilizar las políticas, crear tensiones de todo tipo, confusionismo, especulando incluso con la posibilidad de que las crisis internas surgidas a raíz de esos crímenes en los países afectados deriven finalmente en conflictos armados de orden civil. Eso, obviamente, desmembraría la milicia de las naciones afectadas, facilitando una serie de movimientos que ya se están iniciando por parte del grueso de las fuerzas del Pacto de Varsovia encaminados a una más que posible invasión de la Europa occidental...». Liv y Stavros, se miraban con la perplejidad y estupefacción asomando a sus rostros.

Welcome, entretanto, seguía informando:

«... en cada uno de los países supuestamente afectados por la operación Mazazo, dirigirá la tentativa político-terrorista un miembro de la KGB apoyado con cobertura diplomática y la acción general de todos esos miembros estará coordinada por el Silencioso, agente que opera a las órdenes directas del jefe del Politburó y cuya identidad es un verdadero enigma. Cabe la posibilidad de que se trate de un agente alemán, inglés o norteamericana que practica a las mil maravillas el arte del doble juego. Es muy probable que sólo un miembro del Politburó, además del primer ministro, conozca la verdadera identidad del Silencioso».

Una pausa. La cinta seguía girando, rasgando en silencio ahora.

—¡Eso es brutal, Stavros!

—Lo es, sí. Pero escuchemos cómo termina el informe de nuestro amigo Welcome.

A pesar de lo extrañamente cargado, viciado de la atmósfera que reinaba allí dentro, Liv y Dawson se quedaron helados, como icebergs, al oírle decir al misterioso informante de Moscú:

«Lo peor de todo, no obstante, es que mi utilidad aquí ha llegado a un repentino fin... Me consta que hay varios miembros del Politburó que intuyen, más que sospechan, mi existencia... Por ello, pues, me veo en la ineludible necesidad de pedirle que realice los preparativos necesarios para sacarme en avión de Checoslovaquia el próximo lunes, 5 de diciembre, sin demora posible... La urgencia es vital...».

Stavros, nerviosamente, detuvo la grabación. Sin decir media palabra prendió un pitillo y aspiró el humo con largueza. Después, sus ojos negros, brillantes de excitación ahora, se posaron en los eróticos relieves de la rubia sueca.

—Alucinante —dijo, entre olorosas columnas que se retorcían hasta dispersarse por el ámbito. Y apretando las mandíbulas al tiempo que entornaba las pupilas, repitió, como si de un rezo se tratara—: Alucinante... Quiere que lo saquemos del «telón» de aquí a tres días. —Pulsó otra vez la tecla de reproducción al tiempo que decía—: Sigamos oyéndole.

Welcome, ahora, se desconectaba de su sorprendente S. O. S.

para volver a la Operación Mazazo. Explicaba:

«... si exceptuamos a ese misterio llamado Silencioso, conozco la identidad, rango y ocupación, de todos esos agentes de la KGB que operan en nuestras embajadas con cobertura diplomática y que serán los encargados de activar en los respectivos países las células terroristas. Con esos nombres en poder de Washington, la Operación Mazazo quedará definitivamente arruinada. Y esos nombres yo los revelaré una vez a salvo, cruzando el Atlántico, cuando sus agentes, señor presidente Carlson, me acompañen a su presencia. Y volviendo por un momento a ese enigma que constituye el Silencioso, cabe la posibilidad de que cuando se conozca mi huida, o desertión, el primer ministro Nikolai Alexandrovitch Gromeko le asigne la urgente misión de exterminarme. Quizá ello le obligue a realizar una descubierta, a arriesgar, y nos sirva para descubrir su identidad y aniquilarle...».

Otra breve pausa. Welcome volvía sobre sus pasos especificando las instrucciones acerca de cómo debía de ser sacado de Checoslovaquia:

»... cinco kilómetros al noroeste del aeropuerto oficial de Praga

existe otro de más pequeño, utilizado por los miembros de la Asociación Civil de Paracaidistas. El avión de rescate debe sobrevolarlo a las 12.45 de la mañana, hora de Checoslovaquia, INSISTO, HORA DE CHECOSLOVAQUIA. Cooperarán en este episodio empleados checoslovacos del aeródromo que son de toda mi confianza. Para que el piloto de rescate pueda identificarme debidamente, en la solapa izquierda de mi abrigo llevaré prendidas, en dorado, las letras *WE...* Confirme su aquiescencia a este proyecto transmitiendo un fragmento de la banda sonora de la película *Casablanca*, por el programa “Ondas de la Democracia”, a las 16.00 horas de Moscú, el sábado 3 de diciembre; insisto, el sábado 3 de diciembre. Me permito recordarle, señor presidente, que cualquier retraso puede resultar fatal...».

—Ahora sí que acepto ese *whisky*, Stavros.

Se lo preparó.

—¿Vas a comunicarte con Galgo? —inquirió ella con los ojazos deslumbrantes a ras de cristal. Al decir Galgo se estaba refiriendo al presidente Franklin Carlson por su nombre en código.

—He ahí el problema —sonrió apagadamente Dawson. Ampliando, al tiempo que con un gesto maquinal atusaba su larga melena—: Galgo inició ayer por la tarde, a las cuatro, una gira por Oriente Medio que durará seis días. Es imposible comunicarme con él en clave, y hacerlo abiertamente es un riesgo que no puedo correr.

—¿El secretario de Estado? —apuntó Liv.

—No, pequeña. Ignora la existencia de Diáspora.

—¿Entonces...?

—Es cuestión nuestra. Tuya, de Sullivan y mía.

Apuró el licor de un trago, exclamando, repentinamente alegre:

—¡Nunca se me había pedido opinión en un asunto de tanta trascendencia!

Stavros, escondiendo un rictus de burlona jovialidad, inquirió, fingiéndose muy estricto.

Profesional:

—¿Y quién te ha dicho que vas a ser consultada?

—Tú... —musitó con un tono de supuesta decepción—. ¿No?

¡Oh, Stavros! ¿De veras que no vas a contar con mi...?

—Sí —la interrumpió él—. ¿Por qué votas, Liv?

—Por sacar a Welcome de Checoslovaquia. Es lo procedente. Necesitamos esos nombres... Los de todos los agentes de KGB que operan en Europa con cobertura diplomática.

—O. K. Es imprescindible saberlos para abortar ése... Mazazo. Voy a comunicarme con Sullivan, en Miami. No habrá llegado todavía, pero le dejaré un mensaje en clave al recepcionista del edificio de apartamentos donde se aloja.

Usó el teléfono. Efectivamente, James Sullivan aún no había puesto los pies en Miami. Transmitió al de recepción un texto cifrado que el agente de bigotes lacios y largas guías caídas sabría interpretar convenientemente y en el que se le decía que se personara en el edificio Empire Red de Montreal, planta decimosegunda, el día siguiente, sábado 3, a las 11.00 horas de la mañana.

—Hoy es viernes —soliloqueó la bella sueca—. Pide que lo saquemos el lunes. Suena imposible.

—Si hubiera pensado que podían existir misiones imposibles —le respondió Stavros, tras devolver el auricular a la horquilla—, nunca me habría apuntado a este juego, nena.

—Los días tienen veinticuatro horas, Stavros —dijo Liv casi sofocada.

—Pues nosotros vamos a inventar los de cuarenta y ocho.

—Ya me veo toda la noche planeando la estrategia a seguir y...

—Nada de eso, pequeña. Necesitamos descansar. Ahora, es más importante que nunca el hacerlo. Tenemos que estar fríos y relajados para mañana por la mañana. Además, no me parecería ético que nos pusiéramos a trabajar tú y yo sin contar con la presencia de James.

—¿Entonces?

—A descansar. Abandonaremos el edificio separadamente. Yo lo haré por la salida de emergencia, como de costumbre. Mañana, a las 10.30, nos encontraremos en el *Snoopy Snack* para entrar aquí como la señora Jeins y Al Straus. ¿O. K?

Cabeceó ella, no sin cierta decepción.

—O. K.

CAPÍTULO V

Sonó el timbre con cierta insistencia.

Stavros se alzó de la butaca dejando el vaso medio lleno de un líquido ámbar sobre la mesa ratona. Luego anudó al talle el cinturón del kimono, alcanzando la automática que se hallaba en la butaca de enfrente para asegurarse de que estaba cargada, montándola seguidamente.

Con ella en el bolsillo, se dirigió hacia la puerta del *bungalow* que tenía alquilado en Montreal a nombre de Al Straus.

El timbre, impaciente, se dejó oír de nuevo.

¿Sullivan quizá? Consultó la esfera luminosa de su reloj. Las manecillas rebasaban en veintidós minutos las once de la noche. No... James no tenía tiempo de haber llegado a Miami y emprender vuelo a Canadá posteriormente.

¿Entonces...?

Abriendo la puerta saldría de dudas.

Abrió.

—¡Hola! ¿Interrumpo algo?

Se la quedó mirando con cierto asombro. De pies a cabeza.

Estaba hermosa. Más que de costumbre, y eso era decir demasiado.

Con un pantalón con peto, negro, de tirantes cruzados a la espalda, y bajo él una blusa camisera blanca, entreabierta, dejando atisbar borbotones de sus pechos líbricos, excitantes.

—Hola. ¿Cómo tú por aquí?

—¿Puedo pasar? —inquirió con una sonrisa preñada de ofrecimiento la bella sueca.

—Por supuesto... —Y se hizo a un lado.

—Me sentía muy sola y se me ha ocurrido venir a preguntarte si

eres humano.

Habían caminado hasta el *living*. La figura de Liv, de perfil, se recortaba contra las tímidas luces nocturnas que penetraban, a sesgos, por el amplio ventanal. El pantalón se ajustaba diabólico en torno a los prominentes glúteos de la hembra contribuyendo a destacar su rotundidad.

—¿Qué te sirvo de beber?

—Un poco de tu humanidad. Bien caliente, por favor.

—Liv, Liv...

Ella dio un manotazo en el aire como rechazando anticipadamente las teorías que él iba a exponer. Y dijo, como si repitiera algo archisabido:

—¡Ya, ya lo sé! El amor y la pasión no deben mezclarse con el trabajo. Pero en mis horas de relax no puedo evitar desearte, Stavros. ¿Te sentirás incómodo... o te sentirás mejor si soy yo quien te pido que hagas el amor conmigo?

Dawson estaba desconcertado. Aquella entrada en tromba de Liv le había puesto, dicho en términos boxísticos, contra las cuerdas.

—Anulas mi iniciativa, pequeña.

—¡Ah...! —exclamó con amargo sarcasmo—. ¿Es que has tenido iniciativas eróticas, conmigo, alguna vez? Perdona entonces que no haya sabido captarlas. Habrán sido muy entre líneas de todas formas y...

—¿A qué viene esa causticidad, Liv?

—Soy mujer. Soy humana. Siento y padezco, Stavros.

Avanzó hacia ella.

—Y yo, muñeca. Y yo... Aunque tú pareces dudarlo.

Liv se colgó del cuello de aquel atleta de largos cabellos y profundos ojos negros ofreciéndole su boca húmeda, avarienta de caricias y besos.

Stavros estrelló los suyos en aquellos labios rojos, agrietados, de sabrosa madurez, que se le ofrecían sumisos. Cuando sintió la lengua de Liv penetrar en el paladar y enroscarse en la suya con febril ansiedad, comprendió que el vértigo de la locura había comenzado.

La vorágine de eros se abatía sobre aquel hombre que aparentemente era inflexible dominador de sus pasiones, apretándole contra la naturaleza más que tibia, ardiente, de la sueca

de fuego. Notó cómo aquellos pechos que parecían volcanes en erupción estallaban contra su tórax varonil inundándose de lava; intuyó mientras consumía aquel beso de pasión que junto a ella, con ella, dentro de ella, rebasaría las fronteras del éxtasis para sumirse en el paraíso de la quintaesencia.

—Stavros, Stavros... —susurró la hembra, mordisqueándole las comisuras de los labios.

—Liv... —La voz de Dawson había sonado seca y ronca como un pistoletazo.

—¿Sí, amor?

—¿Quieres beber algo?

Los ojos de la rubia eran brillantes chispazos cuando respondió:

—Sólo quiero ser tuya. Sólo eso... por ahora.

La llevó en brazos hacia el cercano dormitorio y mientras la liberaba pausada y estudiadamente del pantalón con peto, le dijo:

—Soy humano, Liv. Muy humano... —Ardo en deseos de comprobarlo.

Las manos de Stavros, movidas por la ansiedad, se adueñaron de aquellos pechos bélicos que ardían como antorchas de pasión.

Un suspiro largo, prolongado, excitante, huyó por entre los jugosos labios de la sueca. —Así, mi amor, así...— su voz era un puro jadeo.

* * *

Estaban tendidos asimétricamente sobre la alfombra del *living*. Consumiendo con aquella negligencia que imponía el poso del amor, perezosos, el humo reconfortante de unos pitillos mentolados.

Liv dejaba partir sus azuladas pupilas tras aquellas volutas caprichosas que formaban retorcidos arabescos en el aire antes de difuminarse por completo.

—¿En qué piensas, pequeña?

—Debe ser deformación profesional, pero en este momento tenía la cabeza ocupada en Welcome.

—¿Y qué te preguntas sobre él?

—Su identidad. —Livladeó la rubia testa cuyas hebras se esparcían por encima de la alfombra como pinceladas de oro, para sonreír al hombre que acababa de *conocer* minutos atrás, con ojos y

boca. Añadió—: ¿No te ha preocupado nunca saber quién es?

—Por supuesto.

—¿Tienes respuesta?

—Es difícil —murmuró Stavros, expulsando una bocanada de humo—. Existe un fragmento del relato de Sullivan sobre aquella noche en Bucarest, cuando le fue pasada la primera cassette, que siempre me ha intrigado.

—Ignoro a qué te refieres —se interesó ella.

Stavros ladeó la cabeza para rozar con sus labios, antes de proseguir, los aún húmedos de Liv.

—James dijo que Boris Kornakov, ministro de Exteriores soviético, el más extrovertido de cuantos acudieran a la reunión, le había confesado ser un devoto de Frank Sinatra. Y Welcome pedía en la primera cinta que como acuse de recibo de la misma, se radiara por el programa «Ondas de la Democracia» la canción *Extraños en la noche* interpretada por Sinatra.

—¿Has hablado con Sullivan de ello?

—Sí —admitió Dawson—. En varias ocasiones. Y coincidimos. James incluso va más lejos y asegura que quien gozó de mejores oportunidades para introducir el cassette en su bolsillo fue, indudablemente, Boris Kornakov. Sé que ha tratado de hacer averiguaciones al respecto pulsando algunos de nuestros contactos en la Europa oriental, pero los resultados han sido infructuosos. De todas formas, preciosa, eso es lo que menos debe preocuparnos ahora. El próximo lunes saldremos de dudas.

—¿Crees que podremos conseguirlo?

—Estoy completamente convencido, Liv. De lo contrario, ni lo intentaría.

—La seguridad que tienes en ti mismo llega a ser contagiosa —confesó la bella sueca. Y dando un giro a la conversación, inquirió—: ¿Qué te sugiere la palabra Silencioso?

—Un doble agente.

—¡Stavros! —protestó ella.

—No ha sido novedad para mí, aunque en el momento de escuchar el último comunicado de Welcome lo tenía un tanto alejado de mi memoria. Hace tiempo que en círculos de la CIA se comenta esa posibilidad. Se sabe que ese misterio es real, que existe un ente que se mueve cerca de Washington e informa directamente

al Kremlin, al *premier* soviético para ser más concretos.

—¿Y los de la Central se lo toman filosóficamente?

—No lo creas, Liv. Son demasiado astutos para filosofar en cuestiones de seguridad. Lo que sucede es que prefieren no hablar de ello para evitar alarmas. Me consta que tienen una terna de sus mejores especialistas tras las huellas de quien Welcome denomina Silencioso. Es probable, como apunta nuestro enigmático informador, que el presidente del Politburó lo envíe a eliminarle cuando su desertión sea un hecho. ¡A lo mejor mataremos muchos pájaros de un tiro!

—O nos matarán... —susurró, con un atisbo de intranquilidad, la muchacha.

—Creo haberte escuchado que te contagiaba mi seguridad.

—Y así es, Stavros. Pero no puedo hurtarme al pensamiento de que ellos también van a jugar la partida con idea de ganar.

—Puede... Oye, Liv.

—¿Sí?

—Quiero demostrarte que soy muy... *humano*.

Ella, al instante, le rindió su boca frutal y roja, ávida de mucha pasión y muchos besos. Dawson, en un acceso casi brutal tiró con fuerza la colilla del cigarrillo hacia un extremo de la estancia para volcarse, súbitamente, contra el cuerpo de Liv, relajado sobre la alfombra, que no ofreció la menor resistencia.

Robó los labios ardientes contagiándose, al saborearlos fructuosamente, de aquella miel de locura que destilaban.

Fue un beso codicioso el que tuvo por espacio de varios minutos fundidos sus alientos.

—Gracias, Liv. Gracias.

—¿Por...? —Arqueó ella las cejas bajo los ojos del hombre que la devoraban con sus esquiras negroazuladas.

—Por haberme hecho recordar algo que tenía peligrosamente olvidado.

—¿Me amas, Stavros... o sólo me deseas?

—Son como líneas paralelas, Liv.

—Pero las líneas paralelas, al menos en geometría, nunca se encuentran.

—¿Puedes olvidarte por un momento de las ciencias exactas?

—Puedo olvidarme de todo lo que tú quieras —las palabras

brotaron roncamente de la garganta de la sueca de fuego.

—Hazlo, pequeña. Hazlo... Porque nos esperan días de incertidumbre, intriga y riesgo. Vivamos ahora para los dos. Tú para mí y yo para ti.

—¡Creí que jamás te escucharía hablar así, Stavros! Bésame... Necesito tanto ser tuya otra vez.

Lo fue. Y no sólo otra. Varias «otras».

CAPÍTULO VI

—¡Yo no puedo prestar mi consentimiento a esto! —Casi gritó el agente de los bigotes lacios y caídas guías—. ¿Por...? —insinuó Liv.

Sullivan, como gato enjaulado, daba vueltas por la estancia secreta camuflada en la planta doce del Empire Red, oficinas de la Hunter Corp., Inc., con nerviosismo más que evidente.

—No creo que por descabellado, ¿verdad? —intervino Dawson. Razonando—: Tú y yo hemos participado en muchos cúmulos de despropósitos y siempre salimos triunfantes.

—Sabes que no es por eso...

—¡Explícate de una vez! —estalló la sueca.

—Yo soy un bastardo que trabaja a las órdenes directas del presidente y no puedo obviar olímpicamente su opinión en un asunto de esta envergadura —explicó Sullivan—. Enternecedor, James —ironizó el de la cabellera negra y promiscua. Ampliando su sarcasmo al añadir—: Si tuviera una copa de champán a mano brindaría por tu fidelidad a Carlson. Pero amigo... Las circunstancias son de emergencia extrema y sin el beneplácito ni las bendiciones del primer ciudadano estadounidense voy a actuar por mi cuenta y riesgo. Con tu colaboración o sin ella seguiré adelante, Sullivan. Y pienso triunfar, no lo dudes.

—¿Te das cuenta de que me estás poniendo entre la espada y la pared?

—No hay otra alternativa, compañero.

James se tropezó con las azules pupilas de la muchacha que le miraban con evidente reproche; con abierta censura. Acabó encogiéndose de hombros para dejar caer los brazos a lo largo de su cuerpo.

—Sea —dijo.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó Liv a Stavros.

El *number one* de Diáspora no respondió porque se había dirigido a una de las paredes donde colgaba un mapa de Europa a gran escala y con una regla que había tomado de su escritorio comenzó a efectuar mediciones y calcular distancias. Un trayecto que verificó cuidadosamente fue la ruta Praga-Viena; luego, valiéndose de una regla flexible, volvió a controlar la misma distancia en un enorme globo terráqueo que había en uno de los rincones. Golpeó el plástico contra sus rodillas mientras canturreaba un éxito antiguo de Frank Sinatra. Luego, alzando la testa, miró a sus compañeros para decirles:

—Mi buen amigo Neville Schell, jefe de los servicios de seguridad austríacos, me prestará un reactor «Hawker Siddeley 125» que tiene autonomía para 4000 kilómetros.

Bastará para el viaje Viena-Praga y viceversa.

—¿Lo pilotarás tú? —preguntó James.

—¿Se te ocurre alguien mejor?

—¡Y qué sé yo! Podías haber contado con un profesional del servicio de seguridad austríaco.

—Mi título de piloto está en regla y no veo por qué tenemos que inmiscuir en *esto* más gente de la necesaria, ¿eh? A mayor número de participantes más riesgo de filtraciones posibles.

—En eso tienes razón —cabeceó, contundente, el bigotudo. Inquiriendo—: ¿Qué más cosas se te han ocurrido para luego?

—De regreso a Viena con Welcome a bordo y una vez hayamos aterrizado en el lugar que para el efecto haya designado Schell, Liv, él y yo, partiremos con atuendo de motoristas encima de potentes «Yamaha» a la estación central de ferrocarriles. ¿Quién va a suponer que tres monstruos de la intriga andan en moto como profesionales en competición?, ¿eh? Una vez en la terminal férrea y utilizando una dependencia que se nos habilitará al efecto, cambiaremos nuestras ropas para abordar el expreso VienaBelgrado con billete y reserva en coche cama hasta la capital yugoslava. Tú, James, y Stan Nicholson, al que telegrafiamos al término de esta conversación, os habréis encargado de las reservas y los pasaportes. Liv y Welcome viajarán como matrimonio americano en calidad de turistas. El, en condición de supuesto ejecutivo de una compañía exportadora de petróleo con sucursal en Viena para conjugar la

posibilidad de negocios-placer en el viaje. No llegaremos a Belgrado ni mucho menos sino que nos apearemos del expreso en la localidad austríaca de Wiener-Neustadt y de allí, en un turismo con remolque, un caravana-camping, seguiremos viaje por la autopista hasta Carintia. En esta ciudad, vuelta al tren, al Italtalgo, con destino Roma. Y desde la capital de las siete colinas, en vuelo regular, a Nueva York.

—¿Así de sencillo? —sonrió, punzante, Sullivan.

—Así de complicado —corrigió Stavros.

—¿Y por qué no en vuelo directo de Praga a Nueva York? —intervino Liv.

—No seas inocente, pequeña —repuso Dawson. Agregando—: En cuanto los servicios de seguridad soviéticos detecten y confirmen la desertión de Welcome, el GRU y la KGB desplegarán todo su aparato de poder... y cualquier misil *perdido* hará estallar en el aire nuestro avión. No, princesa. Imposible correr semejante riesgo. Neville Schell conseguirá la total anuencia de los servicios de inteligencia y contraespionaje de los países que encontraremos en nuestro trayecto que, en realidad, sólo serán Austria e Italia. ¡Ah...! —exclamó Stavros deteniéndose, como recordando algo que le había pasado por alto—. El remolque del turismo en que viajaremos desde Wiener-Neustadt a Carintia, dispondrá en su interior de un modernísimo y sofisticado transmisor-receptor así como de un equipo electrónico para captar emisiones de ondas e interceptarlas.

—Nosotros tres solos, ¿eh? —murmuró para sí, aunque con tono interrogante, Sullivan.

—Y Stan Nicholson, ¿no? Y la extraordinaria e inapreciable colaboración de Neville Schell... —sonrió Dawson—. ¿Te parece poco?

—No sé si reír o llorar... ¿Sabes por qué Welcome ha elegido Praga, Stavros?

—Sorpréndeme.

—Viniedo para acá he escuchado en mi transistor que una delegación soviética visitará el lunes día 5 Checoslovaquia con el propósito de limar recientes asperezas surgidas entre los dos países...

—Déjame adivinar —siguió en su línea mordaz el de los ojos azul negros—, a ver qué tal lo hago. ¿A que esa delegación la

encabeza el ministro de Asuntos Exteriores, Boris Kornakov?

—O. K. En una feria como pitoniso, con cucurucho y barraca en penumbra, bola de cristal incluida, te hubieses ganado el primer dólar.

—Equivoqué la carrera, James.

—¿Por qué no os dejáis de sarcasmos?, ¿eh? —Barajó la pregunta entre el diálogo de sus compañeros, Liv Palmer. Prosiguiendo—: Supongo que con todo eso queréis llegar a la conclusión de que Boris Kornakov y Welcome son una misma persona.

—Queremos, sí —admitió Stavros.

—También figuran en esa comisión Viacheslav Antonescu, teórico del partido soviético y... —Hizo Sullivan un alto más que intencionado, antes de añadir—: y Konstantin Sokolov, *alma mater* de la KGB. O sea que...

—Que tendremos que andar con pies de plomo —completó Dawson.

—De gacela, diría yo. Para salir echando humo de Praga con ese reactor de los 4000 kilómetros que te prestará tu amigo Neville Schell.

—¿Olvidáis que hay que radiar, hoy sábado día 3, un fragmento de la banda sonora de *Casablanca*? —inquirió la muchacha, alzándose de la silla que había ocupado hasta entonces.

—Yo me encargaré de eso —asintió James.

—Y yo —dijo por su parte Stavros—; voy a cablegrafiar de inmediato a Schell y Stan Nicholson.

—¿Liv irá en el avión contigo, Stavros?

Asintió el aludido con un cabezazo.

—¿No te parece demasiado riesgo? —insistió Sullivan.

—¡Ni hablar! —protestó la propia interesada—. He participado desde el principio y participaré hasta el final.

—Sarna con gusto... —susurró James Sullivan, dirigiéndose a pulsar el resorte interior que hacía girar la puerta oculta dando acceso al escritorio del multimillonario Pernell Hunter.

La misión, imposible o no, acababa de ponerse en movimiento.

CAPÍTULO VII

—En estos momentos sobrevolamos Pardubice.

Liv oteaba por la ventanilla la llana planicie checoslovaca trazando indicaciones en su mapa.

—Antes de que tengamos tiempo de pensarlo estaremos encima de Praga. ¿Nerviosa?

—Un poco, Stavros. ¿Para qué engañarte?

Dawson, que tripulaba el reactor, no hizo más comentarios al respecto y sí preguntó:

—¿Qué señala el reloj?

—Las 12.37, hora local.

—Disponemos de ocho minutos —le sonrió el hombre sin distraer su atención de los mandos de aquel sofisticado ingenio volador.

—Será mejor que me vaya preparando.

Y pasó a la antecabina, recinto espacioso en el que podían situarse, cómodamente, tres personas. Boris Kornakov tenía esposa y un hijo. Dawson había meditado la posibilidad de que ambos familiares acompañasen al ministro de Exteriores soviético en su huida de la URSS. —Stavros daba por sentado que Kornakov y Welcome eran una misma persona— y dispuesto aquella antecabina lo más confortable posible para no añadir más penurias a las que ya entrañaba para Boris y los suyos la desertión.

El equipo que la hermosa sueca estaba recogiendo ahora de la butaca situada tras la suya le contagió una mayor seguridad en sí misma. Se trataba de una metralleta Sten y dos cargadores de repuesto —que apoyó sobre su falda en una posición tal que Stavros podía asirlos con toda facilidad si la ocasión así lo requería— y de un revólver calibre 38 de la marca

Smith & Wesson,

cuya culata, con decisión y firmeza, quedó prendida entre los dedos de la diestra de la extraordinaria rubia.

—Ya hemos dejado Praga atrás... —susurró apenas con un hilo de voz, asiendo con mayor fuerza aún el Smith & Wesson.

—Sí. Vamos hacia el noroeste. Ese aeródromo privado debe estar justamente al sur de Kladno.

—Exacto —corroboró Liv, consultando una vez más el mapa.

—Busca la señal para aterrizar —dijo de pronto Stavros, irguiéndose de manera instintiva a causa de una repentina tensión.

El momento de la verdad se acercaba y ello, por experimentado que estuviese un profesional como Dawson, siempre era motivo de inquietud e incertidumbre.

Liv, contagiada de aquella tensión que el hombre procuraba ocultar y controlar, miró hacia abajo, mientras Stavros inclinaba abruptamente el morro del avión. ¿Qué podía aguardarles allí, abajo? Aterrizaban, iban a hacerlo, en el centro neurálgico de un país comunista, un país que con frecuencia había demostrado las dudas que le inspiraba Moscú, pero, no obstante... comunista al fin y al cabo.

—Creo que estamos justamente en lo alto de nuestro objetivo —anunció ella, poniéndose rígida.

—Estamos —cabeceó, afirmativo, Dawson.

De pronto, abajo, la baliza^[3] comenzó a lanzar sus destellos: uno largo..., dos cortos..., uno largo...

Dawson redujo la velocidad a medida que las paralelas de luces desfilaban a los flancos. Rebotaron cuando el tren de aterrizaje contactó en tierra, después hizo rodar el reactor aminorando la marcha tanto como se atrevió puesto que desconocía la longitud de la pista y todos sus sentidos se mantuvieron a la expectativa esperando acontecimientos. El avión se detuvo como un monstruo tratando de surgir por entre la tupida neblina que rodeaba aquellas instalaciones aéreas y Liv, aunque se esforzaba por escudriñar a través de la ventanilla de su lado, no pudo captar apenas nada.

Stavros, encendidos los motores, atisbaba a la vez por su lado.

—Qué extraño —susurró aquel hombre sin precedentes ni parangón en el mundo de la intriga que se atrevía, pese a la falta de

práctica, a pilotar un reactor—. Parece que no hay nadie por aquí.

—Alguien ha tenido que encender esas luces —razonó la chica.

—Alguien... Desde luego. Pero ¿quién?

Stavros, tras el comentario, atrapó la Sten y Liv siguió aprisionando con fuerza la culata del 38.

Se le ocurrió de pronto a él prender el reflector instalado sobre el morro del aparato para barrenar la tupida niebla que envolvía el aeródromo y que al apiñarse contra el cristal de la carlinga dificultaba sensiblemente la visión de los tripulantes del «Hawker Siddeley 125». La luz abrió, en efecto, un cono de claridad entre la bruma exterior permitiendo distinguir con nitidez a un individuo que caminaba por la pista de aterrizaje en dirección al reactor. Era un tipo bajo y rechoncho, cuadrados los hombros, metido dentro de un pesado abrigo de piel.

Avanzaba el hombre con paso resuelto y un portafolios metálico balanceándose bajo su diestra. Al primer fogonazo de luz había alzado la zurda para protegerse del torrente cegador, pero ya la retiraba para seguir caminando con la testa inclinada hacia el pecho. Conforme se aproximaba al aparato cuyos motores seguían rugiendo, sus facciones se hicieron asequibles a los tripulantes que le escrutaban ansiosos desde la cabina del reactor: un rostro de mandíbulas prominentes y cejas tupidas que Liv supo identificar al instante, como consecuencia de las muchas fotografías que de él había tenido ocasión de examinar.

La sueca lanzó un agudo grito de advertencia.

—¡Maldición, Stavros! ¡Hemos caído en una trampa! ¡En una cochina trampa!

El fulano que se adelantaba hacia la pareja y que ya se encontraba prácticamente junto al avión... ¡era el general Konstantin Sokolov, jefe de la KGB soviética!

Stavros Dawson entendió al punto lo complicado de la situación. Podía intentar reemprender vuelo a la desesperada pero el tramo de pista que se proyectaba frente a él no era lo suficiente largo como para permitirle elevarse y de otra parte, no había tiempo material para hacer girar el aparato y, para colmo, de cualquier manera, se encontrarían con el reactor cercado por nidos de ametralladoras y era posible incluso que por pequeños cañones.

—¡Estamos jodidos! —masculló entre dientes.

Pero pensó, de súbito, que un rehén siempre era un rehén. Máxime si se trataba del director de la KGB quién, de otra parte, también había arriesgado lo suyo saliéndoles al encuentro.

Abrió la portezuela de par en par esperando a que el militar soviético estuviese debajo y lo mirase.

—No pestañee tan siquiera, Sokolov. Hágalo... ¡y la KGB se queda sin jefe! —Lo estaba apuntando con la Sten.

Aunque le había hablado en alemán no esperaba que el militar lo entendiese. Pero sí estaba seguro de que comprendería lo que en lenguaje universal significaba que le metieran a uno el cañón de una metralleta encima del corazón.

El hombre fuerte de la KGB hizo un gesto para que le bajasen la escalerilla automática. Stavros vaciló en principio pero acabó ordenándole a Liv que lo hiciera. Sokolov comenzó a subir los peldaños inmovilizándose cuando Dawson se mostró inflexible con su arma, gritándole:

—¡Deténgase ahí!

—¿Qué diablos le ocurre a usted, amigo? ¿Es idiota o ciego?

—¡Dios santo! —susurró la chica al oído de Dawson—. ¡Su solapa, Stavros! ¡Mira su solapa!

Konstantin Sokolov señalaba al mismo tiempo la solapa de su abrigo; la izquierda. Aquélla a que se estaba refiriendo Liv Palmer. Donde llevaba prendidas dos letras en dorado: *WE*. Dawson, atónito y desconfiado, preguntó:

—¿Qué significa esto, Sokolov?

—Welcome. Yo soy Welcome. Debemos partir inmediatamente. Mis amigos están corriendo un riesgo mayúsculo. Déjeme subir y vayámonos al instante.

Había pasado apenas un minuto y medio desde el instante en que Liv reconociera a Sokolov y en ese fugaz lapso de tiempo el cerebro de Stavros Dawson no había parado de carburar, de recopilar sobre la marcha y a velocidad de vértigo, la epopeya de Welcome. Se dio cuenta en aquel preciso instante que había obrado con bastante estupidez al no intuir aquella realidad —ahora, sorprendente realidad— mucho antes.

Retirando el cañón de la Sten, gritó:

—¡Arriba, camarada!

Y a renglón seguido, el griego-canadiense con matrícula USA dio

un portazo brutal mientras Sokolov se perdía hasta uno de los asientos de la antecabina y se inclinaba luego hacia adelante, hacia Dawson, para casi bramarle:

—Se encuentra estacionado en una zona de descenso y ascenso, en un enorme círculo. Gire el aparato a la izquierda en un ángulo de 180 grados y despegue en la misma dirección utilizada para el aterrizaje. ¡Debe hacerlo inmediatamente!

—¿Supone acaso que deseo quedarme a merendar aquí?

Y comenzó a accionar los mandos del reactor... preguntándose, eso sí, por qué un tipo de las personalísimas características del general Konstantin Sokolov se había convertido en Welcome.

¿Por qué?

* * *

Konstantin Saveliévitch apenas contaba diecisiete tacos cuando se encontró combatiendo como destacado militante partisano detrás del enemigo, en Ucrania, en 1941. Pronto sus dotes de mando quedaron al descubierto y en 1943, en su condición de comisario auxiliar, fue designado a una unidad de combate en Kursk. Nikita Khrushchev, ucraniano como él, decidió apadrinarlo concertando su excepcional promoción. Concluida la contienda con el Reich de Adolf Hitler y humillada definitivamente la milicia nazi, un agudo observador de la KGB al detectar la capacidad organizativa y memoria enciclopédica de Sokolov, lo reclutó para trabajar en la policía secreta.

A Konstantin Saveliévitch le sobraba con leer una sola vez algún escrito o informe para que éste permaneciera indeleble, lo mismo que si lo hubieran grabado a fuego, en su privilegiada memoria. Nunca olvidaba ni un rostro, ni un nombre, ni un detalle relativo a alguien por insignificante o trivial que éste pudiera parecer. Sin embargo, su ascenso vertiginoso en la escala del poder no se debió tanto al hecho de su intelecto fotográfico como a la circunstancia de que jamás se adhirió a facción alguna: gozaba por tanto de la confianza de todos y este hecho le llevó a sobrevivir la caída de su protector Nikita Khrushchev. Hasta cumplidos los cuarenta y cinco, en 1960, Konstantin, no decidió contraer matrimonio.

Larisa Tiagunovna Sokolov, hermosa hembra de aspecto no

obstante enfermizo, era diametralmente opuesta a su marido. Politizada en lo más profundo de su doctrina ideológica, ya había comenzado a recelar del sistema antes de contraer nupcias con Sokolov. Los escritos de Alexander Solzhenitsyn anticiparon su proceso de conversión. Larisa, mujer excepcionalmente inteligente, pronto llegó a la conclusión de que el estado soviético no era otra cosa que un rosario de imposiciones, una dictadura militar enmascarada que estaba conociendo el *in crescendo* de su totalitarismo de la mano, dura mano, férrea mano, y los credos reaccionarios del mariscal Innokenti Briukhanov y sus incondicionales del Politburó. Fue Larisa, obvio, quien sembró las primeras dudas en la conciencia de su marido.

No obstante la influencia que los dogmas de su esposa pudieran tener en él alimentando sus vacilaciones, Sokolov ya hacía tiempo que había comenzado a alarmarse frente al matiz hacia el que evolucionaba el sistema. Personalmente le reventaba la conducta pedante y jactanciosa del mariscal Briukhanov, el despotismo de que hacía gala hacia los demás y aquel exasperante exhibicionismo de fuerza y poder en el que parecía complacerse; con el que parecía y quería provocar. Pero por prudencia política e individual, Konstantin disimulaba sus sentimientos. También era consciente Sokolov de que la concentración de armamento soviético excedía notoria y notablemente la capacidad necesaria para defenderse de un hipotético ataque occidental. Poco tiempo después de que el jefe de la KGB hiciera unos tibios comentarios al respecto de esta última cuestión, el coronel Iván Voroniuk fue nombrado subjefe de la célula policial secreta soviética. Sokolov tuvo a partir de entonces la íntima convicción de que Voroniuk tenía órdenes muy concretas sobre él, de parte del mariscal Briukhanov.

Y estaba, desde luego, muy en lo cierto. A pesar de que el súbito nombramiento de Iván Voroniuk se hubiese enmascarado en la acción operativa de actuar de enlace entre la KGB y el GRU.

Meses después, Larisa efectuó una salida a Europa occidental, París concretamente, para asistir a un relevante desfile de modelos en donde se la vio en compañía de ciertas empingorotadas damas de homologación imperialista según los informes que más tarde se verterían en Moscú. Accedió la esposa del mandamás de la KGB a ser la invitada de honor en una cena ofrecida en los salones de un

lujoso hotel parisino donde departió, afablemente, con sus anfitrionas. Los agentes colocados tras Larisa Tiagurovna por orden de Voroniuk, redactaron un *dossier*, al respecto, que no tenía desperdicio. *Dossier* éste que llegó a manos, lógico, del mariscal Briukhanov y demás radicales que tomaban asiento en el Politburó.

Enterada de semejante maquinación la propia Larisa e impuesta del grave obstáculo que ello iba a significar en la carrera de su marido, tomó una decisión sublime.

Ocurriendo entonces que a altas horas de una noche al regresar Sokolov a su apartamento ubicado en el 26 de Kutuzov Proskpet, halló a Larisa muerta. Había tomado una dosis exagerada de barbitúricos, dejándole a su marido una escueta nota: *Las sospechas de disidente con que Voroniuk me ha etiquetado ante Briukhanov y los suyos me convierten en un gravísimo riesgo para ti. Yo te quiero de veras, Konstantin... y no podría soportar tu destrucción. Máxime, sintiéndome indirecta responsable de la misma.*

Acéptalo así. Acepta mi sacrificio... y perdóname.

Konstantin Savelievitch Sokolov jamás derramó una lágrima. Simplemente... se convirtió en Welcome.

* * *

Habían dejado atrás y abajo como unos diez minutos el aeródromo utilizado por los miembros de la Asociación Civil de Paracaidistas checoslovacos cuando Stavros Dawson, sin volverse a mirar a su pasajero, no pudo resistir la tentación de formular la pregunta abiertamente, en voz alta:

—¿Por qué, general?

Konstantin Sokolov fue concluyente:

—Por una mujer.

La respuesta pareció causar enorme sorpresa en la expresión de Liv Palmer. Y en su tono, al repetir, interrogante:

—¿Una mujer...?

—La mía —repuso, quebrado el acento, quien hasta pocos instantes atrás ostentara la jefatura de la KGB.

—Entiendo, general —movió la cabeza en señal de asentimiento el agente norteamericano que comandaba el grupo Diáspora. Añadiendo—: ¡Ah, Sokolov, bien venido a bordo!

—Gracias...

—Liv —habló Dawson instantes después.

—¿Sí? —Enarcó ella las cejas.

—Ve imponiendo a nuestro huésped del plan de viaje existente desde el momento en que aterricemos en Viena. Para que no se sorprenda de nada. Aunque pienso... ¿Usted se sorprende de algo, Sokolov?

Sonrió el ruso por primera vez desde que había subido al reactor.

—De nada. Hoy ya, de nada.

CAPÍTULO VIII

La pista de aterrizaje improvisada para el «Hawker Siddeley 125» en uno de los amplios claros existentes en un frondoso bosquecillo no muy distante de la capital de Austria, lo habían dejado como tres kilómetros atrás aquellos singulares deportistas que pilotaban con buenas maneras y notable riesgo las potentísimas «Yamaha» de 500 cc.

Quien lo hacía con mayor soltura y seguridad era, obviamente, Stavros; Liv, pese a su aparente fragilidad, no desentonaba a la hora de tripular aquel bípedo de insólita potencia; Sokolov, sin tener relación alguna a la hora de producir se encima del caballo de hierro y neumáticos con Angel Nieto ni Giacomo Agostini, tampoco lo hacía mal y lanzaba el morro de su «Yamaha» a la nada desdeñable velocidad de 140 kilómetros hora.

Las tres máquinas estaban comunicadas entre sí por un juego de *Walkie-talkie* que les mantenía en permanente contacto en todo momento ya que Dawson, con lógica, había calibrado la posibilidad de que cualquier anomalía en el tráfico les obligara a distanciarse o separarse más de lo deseado.

El responsable de Diáspora había declinado el inicial ofrecimiento de su buen amigo y ocasional colaborador en aquella ocasión, Neville Schell —jefe de los servicios de seguridad y contraespionaje austríacos—, acerca de una discreta escolta compuesta por agentes locales a modo de protección o cobertura de los tres motoristas.

«Los agentes, contraagentes y superagentes, nos olemos y detectamos entre nosotros —había respondido Stavros. Agregando —: Quiero dar en todo instante la mayor sensación de normalidad. De vulgaridad si mucho me apuras».

Neville se había encogido de hombros y no por inhibirse de la suerte que pudieran correr aquellos osados, sino porque sabía de la tenacidad e ideas fijas de Dawson.

Las motos avanzaban raudas por el encharolado de alquitrán, acercándose más y más a Viena.

—¿Todo en orden? —se interesó Stavros a través del *walkie-talkie* fijado a la parte vertical-posterior del cuentakilómetros.

—Por lo que a mí respecta —repuso el soviético cuyo cuerpo estaba inclinado contra la estructura de la máquina, cual lo habría hecho un piloto genuino—, me siento como todo un campeón.

—No es la primera vez que conduce usted una moto, general —intervino Liv—. ¿Eh?

—Espero, no obstante, que sea la última.

La «Yamaha» de Konstantin Sokolov quedaba en el centro de la fila india que pegada a la derecha de la carretera, abría Dawson y culminaba la preciosa y temeraria sueca.

—¿Cuándo hablaremos de esos agentes de la KGB que operan en Europa occidental con cobertura diplomática, general?

—¿No pretenderá, Dawson, que lo hagamos ahora... encaramados en una moto ya 140 kilómetros hora de velocidad?

—En este juego, y usted lo sabe, Sokolov, cualquier situación es válida. Todo momento...

—Cuando estemos cruzando el Atlántico, amigo. Es lo convenido, ¿no?

—¿Piensa que si revelase ahora esos nombres íbamos a dejarlo después en la estacada? —preguntó Liv, algo mosqueada por la aparente desconfianza del ex jefe de la KGB.

—¡Por favor, señorita! ¿Juega a hacerse la inocente... o la tonta? ¡Oh, perdón! —exclamó el militar ruso acto seguido. Repitiendo—: Perdóneme, se lo ruego. No he querido... ni debido decir eso. Debe ser la velocidad que me trastorna... Mire, Liv... ¿Ha dicho que se llama Liv, no? Pues bien, Liv... Sé que no me iban a dejar tirado porque en estos casos no es su sistema. Ni me ha pasado tan siquiera por la cabeza, de veras. Se trata simplemente de que hay cosas que deben ser como han sido siempre.

Tradicionales...

—Puede sucedemos algo —insistió la sueca. Agregando—: Si tenemos esa desgracia pero antes hemos comunicado toda o buena

parte de la información que usted posee, el sacrificio de nosotros tres no habrá sido estéril. ¿Se imagina usted general, que...?

—Olvidalo, Liv —la cortó Stavros. Y dijo—: Sokolov tiene razón: hay cosas que son como deben ser. ¿Tiene idea de cuándo los servicios de seguridad de su país confirmarán su desertión, general?

—Ya lo habrán hecho, Dawson —el militar soviético seguía aplastado contra la «Yamaha» con su diestra aferrada a la empuñadura del gas. Añadiendo—: No es que quiera intranquilizarle, pero a estas horas todos los miembros de la KGB y el GRU extendidos por Austria, las dos Alemanias, Bélgica, Francia e Italia, tienen órdenes muy concretas y expresas de eliminarnos. Voroniuk estaba en Praga conmigo, así que debe andar muy cerca. Demasiado cerca quizá. Es un excelente rastreador...

—¿Y el Silencioso?

—No tengo idea de dónde pueda estar ni de lo que pueda hacer.

—Olfateando nuestras huellas, ¿no?

—Lo más probable —repuso Sokolov.

Stavros Dawson abandonó de pronto el hilo de la conversación para erguirse encima de la «Yamaha» como si acabara de picarle una serpiente en mitad del cogote.

—¡Hay una emergencia! —gritó, a través del *walkie-talkie*.

—¿Qué sucede? —La voz de Sokolov tenía en el fondo un matiz de alarma.

—¡Stavros! ¡El camión articulado! —aulló Liv—. ¡Va a cruzarse en la carretera!

—A eso me refería —corroboró el *number one* de Diáspora.

Konstantin Savelievitch Sokolov había estado muy en lo cierto al augurar minutos atrás que todos los agentes de los servicios de espionaje soviéticos que operaban en un diámetro de varios miles de kilómetros tomando Praga como centro de la hipotética circunferencia estaban alertados.

Y actuando, algunos, ya.

Actuando, sí... Desde la cabina de conducción de aquel enorme camión con remolque que, haciendo caso omiso del «STOP» que cerraba su libre acceso a la carretera general, se estaba cruzando sobre ella, en mitad de ella, deliberadamente, para cortar el celérico avance de las «Yamaha».

Tras el camión había surgido el vértice puntiagudo de un

«Volvo» negro, con los cristales de las ventanillas delantera y trasera de la parte izquierda bajos, para permitir asomar los sombríos cañones de sendas metralletas de asalto.

Stavros entendió que había que decidir en fracciones.

—¡Váyanse todo a la izquierda! —bramó, autoritario—. ¡Por la cuneta contraria si es preciso para rebasando el camión por su parte delantera!

—¡Andando, general! —gritó Liv cuando se extinguió el eco de Dawson—. ¡Hagamos lo que dice el jefe!

Stavros entretanto acababa de emprender una de las maniobras más temerarias y suicidas de su existencia: aumentó la entrada de crudo al carburador de forma brutal para que la velocidad saltara hasta 260 kilómetros y, al mismo tiempo, hizo que su máquina se alzara de morro igual que un caballo desbocado, que un potro en plena doma, avanzando de nuevo la aguja del cuentakilómetros hasta rebasar los 280 por hora.

De pronto —mientras Liv y Sokolov ya alcanzaban la parte delantera del vehículo articulado que interrumpía la circulación por la general prácticamente en las dos direcciones, dispuestos a rebasarlo y sortearlo por la cuneta opuesta como dijera el aventurero Dawson— la «Yamaha» siguió corriendo como una «loca» pero solo... *sobre su rueda trasera*. Stavros se estiró hacia arriba como si quisiera llevarse la máquina con él, hacia lo alto, y ésta, asombrosa e inesperadamente, voló; voló, sí, casi igual que lo había hecho aquel reactor que les había trasladado desde Praga a las cercanías de Viena.

Los fulanos que estaban atrincherados en el interior del «Volvo» negro con las metralletas en ristre perdieron unos segundos preciosos. Y tenía su lógica que los perdieran ya que asombrados por la insólita maniobra de Dawson, estupefactos frente a la iniciativa de aquel suicida que «volaba» con su «Yamaha» sobrepasando la carrocería del camión interpuesto en la carretera por los aires, por encima, dudaron entre si abrir fuego contra él, esperar que se estrellase al otro lado dejando los sesos pegados en el asfalto, o barrer con el tableteo de sus armas a los restantes pilotos de las «Yamaha» que ahora ya habían desaparecido de su campo de tiro perdiéndose en la ondulada depresión de la cuneta de enfrente.

Justo en el instante que Stavros Dawson y su máquina se

encontraban encima, formando una especie de asimétrica línea perpendicular sobre la caja del camión, el *number one* de Diáspora soltó su zurda del manillar y en mucho menos de lo que cuesta contarle se hizo con una granada de mano de las tres que llevaba sujetas al cinto del pantalón por debajo de la cazadora de piel, enviándola contra el «Volvo» con una precisión matemática.

El vehículo, apenas ocho segundos después, estalló, saltando por los aires convertido en una llama gigantesca, en una sobrecogedora tea roja que consumía en oscuros estallidos a quienes poco antes eran sus siniestros pasajeros.

Entonces el morro de la «Yamaha» tripulaba por Dawson contactó de nuevo con la cinta de charol y el insólito piloto, demostrando una vez más su audacia y pericia, hizo que la máquina se deslizara normalmente sobre sus dos ruedas... revolviéndose en un impresionante quiebro de cintura para quedar con la cara completamente atrás y así lanzar una segunda bomba contra el camión, en el preciso momento que el conductor decidía abrir fuego sobre él con una enorme escopeta de cañones recortados.

Stavros se aplastó encima de la moto tras recobrar su postura inicial y la descarga tronó como diez centímetros por encima de su cabeza. El camión, entonces, se partió en dos mitades casi exactas alzándose por la intersección que acababa de significar su rotura hasta quedar formando con respecto a la calzada una especie de funesto triángulo isósceles.

La cabina, como si fuera totalmente independiente del resto del vehículo, salió proyectada hacia delante rebotando con siniestro estallido en la cuneta que fracciones antes acababan de salvar las máquinas de Liv y Sokolov, brincando una y otra vez, retorciéndose los hierros hasta formar desconcertantes y anárquicas figuras negrorojizas que a su vez salían disparadas a mayor distancia, perdiéndose entre la arboleda que flanqueaba la carretera por ambos lados de la misma.

La casualidad —o la habilidad; mejor la habilidad de Stavros— había querido que luego de rebasar de diferentes maneras el obstáculo en que momentáneamente se había constituido el camión, los tres motoristas se hubieran reunido en el mismo orden que antes de la emergencia.

Y circulaban de nuevo por su derecha, como si nada hubiera

sucedido, a 140 kilómetros por hora.

—Es usted imprevisible, Dawson —reconoció el militar ruso.

—¿No hubiera hecho usted lo mismo, general?

—Yo, aún me estaba preguntando cómo íbamos a salir de esto, cuando usted ya volaba por encima del camión. Sencillamente genial, camarada.

—Stavros nunca se preocupa por nada, general —dijo, relajándose tras la tensión vivida y con cierto eco irónico, Liv.

—Te equivocas, pequeña...

—Entonces, es que le preocupa algo en particular, ¿no? —se interesó el soviético.

Tras un silencio en el que sólo se percibió el sobrio roncar de los motores de las «Yamaha», Stavros repuso con estudiada lentitud:

—Sí... Sí. Me preocupa saber cómo han sabido, valga el jueguecito redundante con el verbo saber..., cómo han sabido sus ex compañeros lo de las motos y el trayecto específico que íbamos a tomar.

—¡Sería absurdo que estuviese sospechando de mí! ¿No le parece?

—Del género idiota sería, general Sokolov. Usted está arriesgando tanto o más que nosotros. ¡Ah...! Otro pequeño detalle es que ignoraba cómo íbamos a sacarlo de Praga y con qué medios o formas, hasta que ha subido al reactor. No, general, no. Más que nadie, usted es el más fiel e íntegro de cuantos estamos dentro de este laberinto.

—Nos acercamos a Viena —dijo entonces Liv Palmer.

—Cierto —respondió Stavros. Puntualizando—: llegamos, tras haber salvado un primer escollo.

Tercera PARTE

EL SILENCIOSO

CAPÍTULO IX

De una de las dependencias de la estación férrea internacional de Viena, que teóricamente se utilizaba para conferencias de prensa y recepción por parte de las autoridades locales a personajes importantes del mundo de la política, salieron el señor y la señora Kubrick... *mistress* Elaine Kubrick y *míster* Taylor Kubrick, impecablemente ataviados.

Ella lucía un conjunto de pantalón y blusa blancos con abrigo de lana estampada gris con cuello-capucha, ribeteado en piel de zorro, complementado con botas altas a tono con el abrigo. *Míster* Kubrick llevaba terno oscuro con raya fina de tonalidad gris claro, corbata con alfiler cuya cabeza era una valiosa perla y sobretodo de precio acorde con el resto de la indumentaria. La cabeza alta y el paso decidido como correspondía a un ejecutivo de altos vuelos de la American Worl Crude Oil.

Liv —en su papel de Elaine Kubrick—, colgada del brazo de su «marido», le recordó en tono quedo:

—No olvide andar con ligereza contrariamente a lo que es su característica. Recuerde que por la forma de caminar hay quien identifica a un conocido, amigo... o enemigo, desde lejos.

—Tranquila, señorita Palmer. ¿Olvida acaso que procedo de la jefatura de una agencia de espionaje?

—Perdón, general. No me acordaba de ello. Sigamos hacia el tren.

—Sigamos, mi bella y ocasional esposa. Sigamos...

Siguieron adelante, dirigiéndose hacia el andén en el que se hallaba estacionado el interminable Yugaustria *Express* en el que, supuestamente, debían desplazarse hasta Belgrado.

No lejos de la pareja, un par de hombres observaban con la

mayor atención los movimientos de la misma. Uno le dijo al otro:

—Deberías permitir que te facilitase una escolta de dos de mis mejores hombres que os cubrirían las espaldas hasta llegar a Roma.

—Tranquilo, Neville. Arriba en el tren ya están Sullivan y Nicholson. Son gente experta y con oficio. Sobre todo James Sullivan.

—Sois pocos para el riesgo que estáis corriendo, Dawson —insistió una vez más el jefe de los servicios de inteligencia austríacos, comandante Neville Schell. Significando con énfasis—: Y tú lo sabes... —Todo saldrá bien, Neville.

—Eso espero, americano. Por bien de todos nosotros. Al fin y al cabo las revelaciones que pueda hacer ese hombre redundarán en beneficio de todo el orbe occidental.

—Llegaremos sanos y salvos a América, compañero.

—Hago votos por ello, Stavros.

Dawson consultó la esfera de su reloj.

—Debo subir a ese tren, Neville. Es la hora.

Se apretaron fuertemente las diestras haciendo ademán de estrechar los torsos en sentido de noble y sincera amistad.

—Sí —cabeceó el austríaco—, es la hora. Buena suerte...

—Gracias.

Elaine Kubrick y su esposo ya caminaban, en aquel mismo instante, por el alfombrado pasillo del coche cama. Se abrió de pronto la puerta de uno de los compartimentos y el caballero que salía precipitadamente tropezó con *mistress* Kubrick.

Azarado el hombre, se echó atrás al momento, exclamando:

—¡Oh, señora, disculpe! No sé cómo he podido ser tan torpe.

—No tiene importancia —dijo ella.

—Perdón. Perdón... —insistió, nuevamente, el individuo.

La verdad es que James Sullivan no había sido nada torpe y sí muy preciso ya que en el momento de tropezar «accidentalmente» con su compañera Liv Palmer, la cual llevaba el bolso entreabierto con la mayor intención, había dejado caer dentro el pasaporte matrimonial a nombre de *mister* Taylor Kubrick y esposa así como los billetes y reservas correspondientes para viajar en el compartimento 102 de aquel vagón hasta Belgrado.

—Supongo que ese «tropezador» tan educado es de los nuestros, ¿no? —preguntó el ruso con su fina ironía de hábito.

—O. K., general. Veo que se adapta a las nuevas costumbres.

—Renovarse o morir, hija mía.

Liv soltó una tenue carcajada en el momento que penetraban en el departamento señalado con el 102, inquiriendo:

—¿Se imagina que tuviera de verdad un padre ruso?

—Tampoco sería ningún despilfarro de imaginación, señorita.

Las maletas ya estaban situadas en los laterales de la estancia encima de la red correspondiente.

—No han omitido detalle alguno —comentó Liv, despojándose del abrigo gris. Y dijo, autoritaria—: A partir de ahora es imprescindible que nos tratemos con la familiaridad propia de un matrimonio.

—Será un verdadero placer... —sonrió el ex director de la KGB. Exclamando—: ¡Ah, querida! ¿No te había dicho nunca que tienes un cuerpo preciso y precioso?

—No... Pero estaba segura de que lo dirías algún día.

La puerta estaba unos centímetros abierta y Liv se percató de la presencia, fugaz, delante de ella, de Stan Nicholson, el rechoncho que con chaqueta de camarero había subido al expreso procedente de Moscú, en varias ocasiones, para extraer el cassette enviado por Welcome y pasárselo a ella.

Cruzaron ambos una señal imperceptible.

De pronto la puerta se abrió más y alguien, dicharachero y extrovertido, gritó:

—¡Caramba..., pero si es Taylor Kubrick! ¡Y su maravillosa mujercita! ¡Ahora sí que podemos afirmar los tres que el mundo es un pañuelo! ¡Pero...! ¡Mira que encontrarnos a seis mil kilómetros por lo menos de Nueva York!

El individuo había ido aumentando el volumen de voz —como si deseara llamar la atención o por lo menos que lo escuchase cuanta más gente mejor de la que ocupaba aquel coche cama— conforme avanzaba en sus teorías de asombro y sorpresa acerca de la casualidad y sinónimos.

—¡Y tanto que es un pañuelo, Silver! —Correspondió Elaine Kubrick también jocosa—. ¿Qué se le ha perdido a usted por Viena?

—Negocios y placer... ¡Y que me encanta la patria de Strauss!

Sokolov, en la inteligencia de que bajo aquella peluca pelirroja, las mefistofélicas cejas, la barba postiza al juego con los alborotados

cabellos rojizos y las gafas de intelectual progresista se encontraba el rostro de Stavros Dawson, sonriéndole con sarcasmo, inquirió:

—¿Desde cuándo le gustan a usted los vales, Silver?

—¡Por favor! Está usted harto de oír mis cassettes... ¡y de quejarse cuando los pongo a según qué horas! Éste es su compartimento, ¿verdad? El mío es el de al lado. ¡Ostras, vamos a ser vecinos hasta en el tren! Oiga, Elaine... ¿sabe que los viajes le sientan a usted de maravilla? Al menos yo, con el permiso de su marido, la encuentro mucho más atractiva que en Nueva York.

—Es que me mira con buenos ojos, Silver. Con ojos generosos.

—Será con buenas gafas —prosiguió con el tono caustico en que se desenvolvían los tres, el soviético.

—Voy a dejar mi maleta si me permiten y luego vendré a hacerles un rato de compañía, ¿eh? ¿Les parece bien?

—Nos parece de maravilla, Silver —aceptó Elaine Kubrick.

En la ventanilla del pasillo situada frente al compartimento que ocupaba el tal Silver, un hombre se hallaba acodado. El pelirrojo pasó casi tropezando con él y susurró:

—Los ojos bien abiertos, enano.

—Siempre los tengo, figura —repuso Stan Nicholson. Y—: Yo cubro el acceso sur del vagón y Sullivan se encarga del norte.

—O. K. —y se perdió dentro de su departamento.

* * *

Llevaban como veinte minutos de viaje cuando apareció otra vez el pelirrojo. *Mistress* Kubrick, abriendo con precaución desde dentro, exclamó:

—¡Ah, es usted! Mi marido ya comenzaba a echarle de menos.

—¡Y que lo digas! —exclamó el *marido*.

Cerrada ya la puerta, Stavros tomó asiento frente al militar ruso y éste comentó:

—Una operación bien montada, Dawson. Al menos hasta el momento...

—Gracias por su voto de confianza. No olvide que soy el mejor.

Liv, arqueando las cejas, murmuró burlona:

—No lo olvide, Sokolov: es el mejor.

—Hace unos instantes, cuando he dicho «hasta el momento»,

sólo pretendía que sonase a advertencia. Insistirán una y otra vez, amigo. Son pertinaces y contumaces...

—Usted los conoce mejor que yo.

—Por eso, Dawson. Seguro que volverán a intentarlo a bordo de este tren. Puede que dentro de unos minutos...

Es usted pájaro de mal agüero —le sonrió tenuemente la bellísima sueca—. No lo querría por marido de verdad con esa visión tan fatalista de la vida.

—Yo veo la vida con realismo, señorita.

—¿Qué es concretamente lo que le inquieta, general? —preguntó Dawson, rascándose la alborotada y superpuesta pelambrera roja.

—Iván Voroniuk. Mi segundo hasta hace poco en la policía secreta soviética. Ya les dije que se encontraba también en Praga. El mariscal Briukhanov se las había ingeniado para colgármelo siempre a la espalda.

—¿Tan peligroso es Voroniuk? —indagó Liv.

—Es un auténtico perro de presa que muerde con fiereza y no suelta la víctima hasta que la ha destrozado. Al mismo tiempo juega a la perfección con su habilidad para los disfraces y las caracterizaciones. Podríamos tenerlo aquí sentado y quizá no sería capaz de reconocerlo.

—Exagera —apuntó Dawson.

—Lo más mínimo —se mantuvo firme Sokolov.

—¿Y el Silencioso? —preguntó la sueca.

—*Top Secret*. Riguroso. No tengo idea de quién pueda ser. Es un enigma llevado con exquisitez desde la cabecera del Politburó.

—Por eso me parece doblemente peligroso —dijo Stavros—. El es quien me preocupa y no Voroniuk.

—Yo sé de lo que es capaz Iván e ignoro hasta dónde puede llegar el *otro* —dijo el ruso—. Por eso, para mí, el peligro ahora se llama Voroniuk.

A partir de aquel instante y como si los tres se hubiesen puesto de acuerdo con una simple mirada, iniciaron una conversación intrascendente sobre cuestiones triviales.

Tertulia que fue interrumpida por unos presurosos golpes en la puerta. Dawson brincó arriba Magnum en ristre y entreabrió la madera.

—¿Sí...? —Vio el rostro de Sullivan atisbando por la abertura—. ¡Ah! Eres tú —abrió casi de par en par—. ¿Qué sucede?

—Viene para acá el interventor en ruta.

—O. K. ¿Algo más?

—Todo correcto por ahora —repuso el bigotudo de guías caídas. Advirtiéndolo—: Faltan veinticinco minutos para llegar a Wiener-Neustadt.

—Vale —y volvió adentro diciendo—: Se acerca el revisor.

—Lógico —admitió Liv—. Suelen comenzar por los coches cama.

De todas formas estuvieron expectantes hasta que poco después volvieron a sonar golpes contra la madera y una voz recia, personal, anunciaba:

—Inspección en ruta. ¿Me permiten?

La sueca abrió.

—Buenas tardes, señores. Sus billetes y reservas, por favor.

Era un tipo alto y delgado, levemente encorvado. Con rostros enjuto y nariz aguileña en cuyo extremo se detenía el puente de unas gafas de gruesos cristales. La piel pegada al hueso. Cara y maneras de judío.

Observaba con atención una lista que llevaba en el interior de una carpeta tamaño cuarto plastificada, encarándose a renglón seguido con el pelirrojo, preguntándole:

Usted no pertenece a este departamento, ¿verdad?

No. No, señor. Voy en el siguiente.

Dawson lo miraba más que con atención, con curiosidad.

—Gracias —y recogió los billetes que le tendía Liv. Murmurando como para sí—: Señor y señora Kubrick que viajan hasta Belgrado...

Sokolov fingía mirar distraído por la ventanilla de forma que sus rasgos sólo se captaban de perfil. Fue al observar por el rabillo del ojo izquierdo al revisor y su gesto para extraer de la funda sujeta a la correa el aparatito de taladrar los billetes cuando notó que la sangre se helaba en sus venas y le hervía después, subiéndole hasta la cabeza, congestionándole.

Gritó:

—¡Voroniuk...! ¡ES IVAN VORONIUK!

El interventor en ruta ya tenía el aparatito en la mano... *un «Derringer» aplastado y sigiloso que apuntaba rectamente a la garganta del general Konstantin Savelievitch Sokolov.*

Todos se movieron mecánicamente.

Voroniuk le dio al gatillo cuando su ex jefe gritaba.

Pero fracciones antes, la intuitiva Liv, sabiendo leer en la expresión de alerta que había ocupado el rostro de su «marido», alzó con fuerza y violencia la puntera de su bota diestra que justa y exactamente, impactó contra la muñeca armada del que había dicho ser interventor en ruta.

El bramido de dolor...

—¡Aaaaaaaaag!

... Y el apagado...

«¡PLOC!».

... Del disparo, se confundieron al unísono.

Stavros ya encerraba entre su antebrazo derecho y el torso la garganta de Voroniuk, quien, en movimiento reflejo causado por la desesperación que le producían los prolegómenos de la asfixia, dobló la pierna izquierda pretendiendo cocear en los genitales de Dawson cosa que, parcialmente, consiguió, obligando a un ligero encogimiento del americano.

—¡Aaaah!

Sokolov, que cinco segundos antes había inclinado velozmente la testa para eludir el disparo de su ex compañero y ex camarada, y que aunque no lo hubiera hecho habría salido de todas formas indemne porque el punterazo de su «esposa» había desviado sensiblemente la puntería del subjefe de la KGB haciendo que el proyectil se incrustara casi en el techo del vagón... Sokolov, explicábamos, al ver que Dawson se encogía, salió hacia delante del asiento con la cabeza por avanzadilla, para incrustársela a Voroniuk en la boca del estómago lo mismo que si pretendiera barrenarle el aparato digestivo. —¡Traidor!— le escupió el coronel, acusando estentóreamente la andanada—. ¡Maldito hijo de... aaaaaaaaag!

Stavros, recuperando el timón de aquella nave, se hizo con el brazo derecho de su antagonista para retorcérselo con habilidad y pasarlo a la espalda del ruso, empujando peligrosamente hacia la nuca de éste.

—¡¡AAAAAAAAAAAAAH!! —aulló, rabioso.

Se abrió la puerta asomando el bigotudo Sullivan pistola en ristre.

—¿Qué pasa aquí?

Justo en el momento que Dawson empujaba afuera al falso inspector, lo que James confundió con un movimiento agresivo y de forma instintiva, sin opción ni tregua, le dio al gatillo de su silenciada *Parabellum* abriéndole al instante y sin apenas ruido un enorme agujero a Voroniuk en mitad del torso.

Un agujero del que pronto brotó una catarata de sangre.

—¡Pero...! —exclamó Liv—. ¿Por qué...? —Miraba a Sullivan.

—Creí que se me echaba encima y...

—¡Había que hacerlo de todos modos! —exclamó, nervioso, Stavros.

Ahora fue el regordete Nicholson quien hizo acto de presencia.

—¿Puedo saber qué ha ocurrido? —Lucía una pavonada automática.

—¡Tira para abajo y abre la puerta sur del vagón!

—¿La que da al exterior?

Nicholson miraba interrogante a Stavros.

—O. K. ¡Deprisa!

Liv Palmer, pendiente del militar, le preguntaba:

—¿Se encuentra bien, general?

—Del todo, señorita. No se preocupe más por mí. Y recuerde de una vez que no procedo de un convento de monjas de clausura, ¿eh?

—Es la lista que lleva usted en su cerebro y no su persona quien me preocupa, general.

—Miente usted muy mal, Liv...

Stan y James mantenían la portezuela abierta y por ella proyectó. Dawson, el sangrante cadáver de Iván Voroniuk. Luego dijo:

—Todos a sus puestos. Como si nada hubiera ocurrido.

Asintieron sus compañeros y él, tranquilo, sacudiéndose el pantalón y los faldones de la chaqueta, regresó junto al «matrimonio».

—Un poco de juerga y ejercicio nunca viene mal, ¿eh, Sokolov?

—Sigue siendo usted el mejor, americano.

—¿Acaso lo dudaba?

Respondió el militar ruso con otro interrogante que tenía, no obstante, tono afirmativo:

—¿Ve cómo le he dicho que lo intentarían y pronto?

—Sí... Pero Voroniuk no era, ni de lejos, el especialista que usted nos había pintado. Un aficionadillo con maneras... Un espía de oficina y pare de contar.

Sokolov dejó huir de sus labios una tenue carcajada.

—¿De veras? Pues si no llego a detectarlo a tiempo, ahora, Dawson, los que estaríamos debajo del tren seríamos nosotros. Y Sullivan. Y Nicholson también.

Acababa de decir una verdad como un templo.

—Muy trágico lo pinta, general.

—Pero sabes que es la simple verdad —apostilló Liv.

—¿Estás con él, prenda?

—Y no podrá decirle que se ha pasado al enemigo —se filtró la voz del ruso—, porque soy yo quien lo ha hecho. Si yo estoy con usted y ella, según usted, conmigo...

—Estoy desde siempre con la verdad —sentenció la sueca.

—Extraño dogmatismo para una mujer que se dedica a esto del espionaje... —habló Dawson al tiempo que consultaba la esfera de su reloj. Dijo, irguiéndose—: Hay que prepararse, compañeros. Estamos a ocho minutos mal contados de Wiener-Neustadt.

CAPÍTULO X

Los hombres de Neville Schell habían dejado el turismo y su remolque en el lugar convenido. Un cobertizo destartelado cercano a las instalaciones de la estación de Wiener-Neustadt que contenía un espectacular «Lamborghini Jalpa P 350» de color verde aceituna.

En el interior de aquel chamizo Liv procedió a efectuar unos ligeros retoques a su físico de acuerdo con la foto del nuevo pasaporte que Stavros acababa de extraer de la guantera del coche, y luego, pasó a hacer lo propio con su «marido».

—Me está dejando usted guapísimo, señorita.

—Le prefiero tal como es, general.

—Gracias. Nunca una mujer tan hermosa me había dicho nada parecido.

—Siempre hay una primera vez, Sokolov —comentó Stavros.

Sullivan y Nicholson, que regresaban de efectuar un reconocimiento al remolque y su contenido, afirmaron en señal aprobatoria.

—¿Qué tal el equipo, Stan? —quiso saber Dawson.

—Inmejorable, Stavros.

Liv, escondida en la oscuridad de uno de los vértices, sustituyó su elegante indumentaria de hasta entonces por un pantalón tejano muy ajustado de pana negra, botas altas del mismo tono y jersey con capucha y cremallera que se hacinaba contra sus pechos indómitos entre los cuales y el jersey brillaba una blusa cerrada al cuello de color gris perla.

Pasó la rubia al volante mientras que Nicholson y el de los grandes mostachos de guías caídas, alzando al unísono el pulgar de las diestras y cerrando el resto de la mano en señal de ánimo y triunfo, se situaban dentro del remolque. Stavros ocupó el asiento

trasero del vehículo dejando junto a sí, encima del tapizado, un compacto aparato *walkie-talkie* para mantenerse en contacto, si el caso lo requería, con quienes iban en la caravana. Liv, entonces y sin pronunciar palabra, puso el coche en movimiento dejando atrás el cobertizo para enfilarse en una abrupta y sinuosa carretera que desembocaba en la autopista Viena-Carintia.

Ya se habían introducido en ésta cuando comentó Dawson:

—Hemos abortado las dos primeras intentonas de sus antiguos colegas por obstaculizar su desertión, general.

Liv, sin descuidar la conducción, matizó:

—Yo diría mejor... *por eliminarnos*.

—No me gusta el vocablo «desertión» —habló con autoridad y rictus digno el militar. Añadiendo como para sí—: *Ellos* me han obligado a esto. Welcome no hubiera nacido nunca si no... —Se detuvo, entrecortada la voz.

Stavros salió al quite para relajar la tensión del soviético. Dijo:

—Dentro de poco, Carintia. Y prácticamente, fin de la pesadilla. De allí a Roma la distancia es poca. El Italtalgo nos pondrá en un abrir y cerrar de ojos y...

—No hay dos sin tres —apuntó Sokolov. Empecinándose aún más en sus luctuosos presentimientos, al añadir—: Y dice otro refrán, que a la tercera va la vencida.

—¡A fe que sigue empeñado en ser agorero! —gritó Liv.

—Realista... Recuérdelo, señorita: REALISTA.

—Con perdón, general... —Bostezó Stavros—, yo diría puñetera. Es usted un PUÑETITAS, Sokolov.

—¿Puñetera... puñetitas? —Y tras repetirlo, el militar estalló en carcajadas que salieron de su garganta con fuerza y ganas.

Volvió el silencio a los ocupantes del «Lamborghini» igual que si cada uno prefiriese ensimismarse con sus pensamientos... por eso, por el respetuoso silencio que reinaba dentro del auto, la voz, la exclamación de James Sullivan procedente del *walkie-talkie*, resonó, restalló como un seco y atronador pistoletazo:

—¡STAVROS...! ¡EN EL NOMBRE DEL CIELO! ¿ME OYES?

Brincó Dawson al tiempo que atrapaba el intercomunicador.

—¡James! ¿Qué sucede?

—¡Dile a Liv que pare este maldito coche! ¡Que lo meta en el arcén! ¡Deprisa!

—¡Pero...! ¿Qué ocurre?

Sullivan comenzó a toser.

—¡Gas... GAS! ¡No sé qué demonios de palanca o clavija ha tocado Stan, que de una oculta cañería ha comenzado a brotar gas! ¡Gas fétido y venenoso! ¡Detened el coche...!

—¡Para, Liv, para! —gritó Stavros.

Ella, ya estaba maniobrando para estacionar en el arcén.

—¡Lo que yo decía! —masculló Sokolov, saltando del vehículo a la par que el jefe de Diáspora—. ¡Sabía que lo intentarían otra vez!

La puerta trasera del remolque pareció estallar al emerger como un huracán James Sullivan con un pañuelo en la boca. Dijo entre humo y toses:

—Nicholson... está... ¡está muerto!

—¡No entres ahí, Stavros! —bramó Liv, viendo el intento del agente.

No la escuchó asomando la cabeza al interior de la caravana, donde la atmósfera era irrespirable.

Oyó el disparo, entonces. El que acababa de producirse afuera.

Saltó atrás viendo por el rabillo del ojo y entre las tupidas columnas de aquel apestoso gas el ágil brinco, envidiable brinco, que había llevado el macizo cuerpo de Konstantin Sokolov al otro lado de la protección metálica donde ya terminaba el arcén.

Y pudo ver algo rojo, muy rojo, en el cuello del militar ruso. En cuello legítimo de piel humana y en la piel del cuello de su abrigo.

Sangre...

Una herida...

Sangre...

¿Quién había disparado?

¿Quién?

—¡Cuidado, Stavros! —se desesperó Liv Palmer. Insistiendo histérica: ¡¡CUIDADOOOOOOO!!

Pegó un salto de gimnasta —que se lo hubiera envidiado el más prodigioso de los gimnastas— segundos antes de que el proyectil taladrara el espacio material ocupado por su cabeza, rodando en tierra sobre el antebrazo derecho.

¿Quién?

La respuesta estaba clara, ahora: *James Sullivan*.

Silencioso, claro...

Sonó un nuevo disparo, pero éste procedente de la pistola de ella que había conseguido parapetarse detrás del coche.

Sullivan replicó desde el otro lado de la valla protectora.

Dawson se fue por los aires en un plongeón felino y giratorio — muy propio «del mejor» —, dando una y otra vuelta sobre su propio eje, desafiando los plomos con que su compañero, traidor compañero Sullivan, trataba de perforarle antes de que aterrizara sobre él.

Pero Stavros pasó encima de la protección, en lo alto del Silencioso, atrapándole por el cuello con sus tobillos y enlazando los zapatos en la parte delantera de la garganta para llevarse en vuelo a Sullivan con él, despidiéndolo en una de las nuevas cabriolas, de cabeza, contra el recio tronco de un arbusto del núcleo que había en el tímido bosquecillo lindante.

Se despatarró en tierra medio inconsciente y Stavros le cayó al lado, alzándole para mantenerlo rígido apoyado en el árbol.

Sullivan le miraba con ojos estrábicos.

—El fallo de Voroniuk me ha obligado a matarle... y a descubrirme. Tenía órdenes concretas de Nikolai Alexandrovitch Gromeko de destruirlos. Ninguno..., ninguno de vosotros cuatro debía llegar con vida a Estados Unidos. Sólo yo... después de haber *exterminado* al Silencioso, oficialmente, claro. Habría escapado milagrosamente de la encerrona de los KGB en el tren de Viena a Belgrado. Milagrosamente... Todo estaba planeado con meticulosidad... No debía de haber fallos. Las ventajas estaban de nuestra parte porque sabíamos de antemano... Moriría el desertor y el cerebro y colaboradores de Diáspora, excepto yo. Te digo todo esto..., te lo explico, Stavros, porque estoy deshaciendo con los ácidos de mi estómago la tableta de cianuro que acabo de engullir. Todo previsto... Es algo rápido y letal... He fracasado después de seis años de una impecable labor como «topo», como doble agente. Habría sido mi consagración... Podría haber ocupado, al final, la vacante de Sokolov en la KGB...

SOKOLOV...

Stavros se había olvidado por completo de él. Dejando que Sullivan cayese en tierra, corrió atrás.

Liv estaba arrodillada junto al ruso que escupía sangre a borbotones por labios y agujero del cuello y que le decía a la chica,

con dificultad y torpeza, tendiéndole un pequeño objeto rectangular que había sacado del bolsillo del abrigo:

—El..., el último cassette de... Welcome. Yo... tenía..., tenía previsto que algo..., algo me sucedería. Aquí... —Agitó el utensilio muy débilmente— están los nombres..., todos los nombres de los agentes de la KGB que operan en Europa occidental con cobertura diplomática... Lo siento por..., lo siento por Larisa... Larisa era una mujer extraor... —Se dobló trágicamente, a la izquierda, la cabeza del ex jefe de la KGB.

Liv no pudo contener unas tímidas lágrimas.

Dawson la recogió entre sus brazos. Ella deslizó el cassette dentro de uno de los bolsillos de la chaqueta de él.

¡Oh, Stavros! ¡Stavros! —sollozó—. Qué final tan inesperado.

—Debía de haberlo comprendido antes. He estado ciego, muy ciego... ¡Claro que sabían la ruta que íbamos a seguir! Por eso interceptaron tan oportunamente la carretera y Voroniuk apareció tan puntual. Sullivan... claro. No podía ser de otra manera. El Silencioso, sí. De él habían partido los informes al Politburó determinando la existencia de Welcome. Y ellos le forzaron a salir de Rusia porque entendían que era la única manera de identificarlo y eliminarlo. Sokolov... ¡un gran tipo el general!

—Éste... —Liv seguía sollozando acurrucada contra el pecho de Dawson—, este mundo del espionaje es una basura. ¡Una basura, Stavros!

—Di más bien una mierda, pequeña.

—¿Y..., ¡hip!, ahora?

—A Nueva York y luego a Washington. Recuérdate que cuando llegue allí ponga un telegrama.

Alzó la rubia cabeza con expresión sorprendida.

—¿Un telegrama?

—Sí... ¿Tanto te extraña?

—¿A quién?

—No seas curiosa, prenda. Y ahora, échame una mano. Vamos a rociar coche, remolque y cadáveres, con gasolina, para incendiarlo todo. Antes de que alguien se detenga a preguntarnos el cómo y el porqué de todo esto.

—O. K. ¡Hip...!

EPÍLOGO

Franklin Carlson, presidente de la República Federal de los Estados Unidos de América, escuchó con ojos brillantes de lujuria estratégica y política la última cinta de Welcome. —¡Con esto lo hacemos polvo!— gritó sin recato—. ¡Adiós Operación Mazazo y adiós red soviética de espionaje con cobertura diplomática! El griego-canadiense-americano se puso en pie y dijo. —Adiós, señor presidente.

—¡Eh, Stavros! Tú no puedes marcharte así.

—¿Cómo debo marcharme entonces?

—De ninguna manera. Tú no puedes marcharte. Tienes que seguir...

—¿Quien dice eso?

El presidente se quedó de piedra.

—¡Eh...! ¿Cómo que quién lo dice? ¡YO!

—Los tiempos feudales y el derecho de pernada pasaron a la historia. Me largo, presidente.

—Dime al menos por qué, ¿no?

—Porque he descubierto que lejos de aquí existen tíos muy sanos, como Sokolov... Y cerca, hijos de puta muy grandes como James Sullivan. Ninguno de los dos descubrimientos me ha gustado y por eso me largo.

El presidente estaba mudo de asombro. Salió de su estupefacción al ver cómo Stavros abandonaba el despacho, deteniéndose en el umbral para decir un escueto:

—Adiós.

—¡Dawson! ¿Qué vas a hacer?

—Casarme con la sueca. Con Liv «piernas bonitas». —¿Y si ella no quiere?

—Está loca por casarse conmigo, señor presidente.

Cerró la puerta.

Al otro lado aguardaba «piernas bonitas». Que explosiva, se colgó del pescuezo de Stavros para ofrecerle besos voraces y hacer estallar la agresividad felina de sus pechos en el varonil torso.

Luego le recordó:

—Tienes que poner un telegrama.

—¡Toma! Casi lo había olvidado. Gracias, muñeca.

—¿A quién, Stavros?

—Al mariscal Innokenti Briukhanov.

—¿Quééééé...?

Horas después aquel miembro del Politburó recibía un telegrama, sí, redactado en los siguientes términos:

FALLIDOS TODOS LOS INTENTOS SUBORDINADOS SUYOS POR ELIMINARME Y HABIENDO INFORMADO AL GOBIERNO DE WASHINGTON DE LOS NOMBRES, CAMUFLAJES Y ACTIVIDADES DE LOS AGENTES DE LA KGB SOVIETICA QUE OPERAN EN EUROPA OCCIDENTAL CON COBERTURA DIPLOMATICA, SUGIERO DESMANTELE OPERACION MAZAZO. *STOP* CABEZAS NUCLEARES EN ESPERA DE SU DECISION PARA LLOVER SOBRE PAISES PACTO DE VARSOVIA Y VIDAS AGENTES CON COBERTURA DIPLOMATICA PENDIENTES DEL HILO DE SU REFLEXION. *STOP*. SALUDOS MUY CORDIALES. *STOP*. KONSTANTIN SAVELIEVITCH SOKOLOV.

Liv, a la vista de lo escrito por Dawson, exclamaba:

—¡Briukhanov debe saber que Welcome está muerto!

—Abriremos un resquicio para la duda en su férrea cabezota.
¿Conoces algo que atormente más que la duda?

—Tú...

—¡Me halagas, linda!

Se besaron.

—Tengo ganas de hacer el amor contigo, Stavros.

—Libertina... ¡Y yo también! ¿Vamos?

No les quedaba otra opción que hacerlo.

Como al ministro de Defensa soviético y miembro del Politburó

que encabezaba el ala dura del mismo sólo le quedaba una opción; UNA: olvidarse para siempre de aquel plan político-terrorista que había bautizado con el categórico calificativo de Mazazo. Y ordenar a la vez con premura, la retirada de todos los miembros de la KGB y el GRU que lucubraban en las distintas embajadas rusas de la «otra» Europa con cobertura diplomática.

Aquel fracaso estrepitoso iba a ser, al mismo tiempo, la tumba, el *requiescat in pace* de la carrera militar y política del mariscal Innokenti Briukhanov, porque sus adversarios en el Politburó lo iban a aprovechar para defenestrarlo... Y era el principio de un romance de amor con caracteres definitivos entre Stavros y Liv.

La política y el espionaje también tenían, de vez en cuando, aquellos pasajes emotivos. —¿Estás cansado, amor?— preguntó ella no sin cierta ironía.

—¿Qué insinúas, Liv?

—Nada, nada...

Una hora después, Stavros hubo de confesarle la verdad:

—Estoy agotado, pequeña.

—Muy espía y muy temerario tú, pero a la hora de la...

—¡Liv! ¡Te prohíbo que...!

Ella lo besó en la boca. Comenzando a jugar con... Con *eso*.

FIN



Francisco Caudet Yarza (Barcelona 1939), ya en la infancia manifiesta su inclinación hacia la literatura y se apasiona con la lectura de clásicos franceses y rusos (Dumas, Tolstoi, Verne), autores que simultánea con los españoles de la novela de kiosco como Mallorquí, Donald Curtis, Mark Halloran y otros, en especial Guillermo López Hipkiss con el que se identifica de tal modo que, pasado el tiempo y siendo ya un profesional de la novela popular, reconoce que él ha sido el auténtico detonante de su vocación literaria. Debuta en 1965 en el mundo de los «bolsilibros» con la madrileña Editorial Rollán que le publica su primer original en la legendaria serie

FBI,

con el título de Enigma. Dos años después la barcelonesa Bruguera le ofrece un contrato de colaboración en exclusiva para novelas de bolsillo, empresa que comercializa durante años sus originales que rozan los cuatrocientos títulos y que firma con el más conocido de sus seudónimos: Frank Caudett. Con el devenir del tiempo incursiona en otros ámbitos literarios y publica con diferentes editoras, entre ellas Edimat, Libsa, Planeta, Ediciones Obelisco, etc. Algunas de sus obras más significadas son: Al correr del tiempo..., Generaciones Castradas, Historia Política de Cataluña

1880-1936,

Las profecías de Nostradamus, Franco resumen biográfico y es autor, junto con su esposa, la documentalista María José Llorens, del primer libro sobre la Ouija que se publica en la España de la transición. Desde hace varios años colabora con un *holding* editorial sudamericano.

Multieditors de Promociones, S. L., *holding* sudamericano antes aludido, es la editora que publica actualmente la totalidad de su producción literaria, repartida en diferentes colecciones, según las respectivas temáticas. Death Club es una serie policiaca, lo que hoy se conoce como «novela negra», en la que volviendo a su legendario seudónimo de Frank Caudett, han aparecido varios títulos suyos. El último, La Starlet, según los informes que le facilita la propia editorial, ha recibido el beneplácito de la asesoría literaria y también una favorable acogida por parte del público lector.

Utilizó los

ALIAS:

- Frank Caudett.
- Frankie Cauyarz.
- Kyle Brown.
- Michael Bannister.
- Montana Blake.
- Ariel Sinclair.
- Winston McNeil.

Notas

[1] En terminología militar: ayudante de campo. (Nota del traductor). < <

[2] Dispersión de los judíos, a lo largo de los siglos, fuera del territorio de sus antepasados. También se aplica, por extensión, al mismo movimiento protagonizado por cualquier etnia, (Nota del Autor). < <

[3] Señal fija o flotante que se pone de marca para indicar bajos, veriles, direcciones de canales o cualquier otro punto o rumbo que convenga señalar. Señal empleada para limitar pistas terrestres. (Nota del Autor). < <